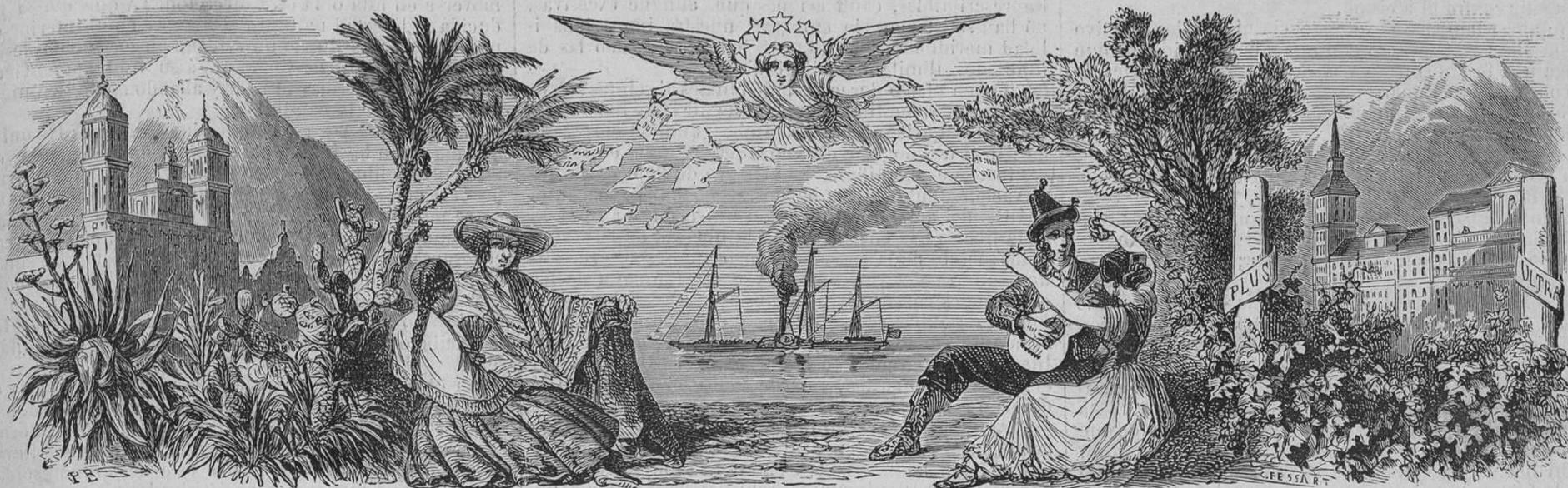


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 21 de la Moda.

1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, pasage saunier, número 4, en París.

AÑO 28. — N° 878.

## SUMARIO.

Voluntarios de la Libertad en el campanario de la catedral de Barcelona; grabado. — El Derecho, el Deber y la Libertad. — Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz Eugenia; grabados. — Revista de París. — Poesías. — El istmo de Suez; grabados. — Tres días en Nápoles. — Minas de Silesia; grabado. — Francia pintoresca; grabados. — Un matrimonio de la mano izquierda. — Nuevos aparatos de salvamento en caso de incendio; grabados.

## El Derecho, el Deber

Y LA LIBERTAD.

(Continuación.)

Pero aunque nuestra propia conciencia sea el refugio mas seguro de la libertad, no por eso puede negarse la certeza de mi anterior raciocinio. Se llega á esta idea como á la del deber, por dos caminos, el del razonamiento y el del sentido íntimo. Existe el deber; luego existe la libertad, porque toda regla de conducta supone un agente libre. Existe la libertad; luego existe el deber, porque ¿qué es un agente libre que no tiene regla alguna que seguir en sus determinaciones? Todo es armónico en la creación: la piedra, la planta, el animal, el grano de arena que se esconde en la inmensidad del mar, como los mundos que pueblan el espacio, todo está sujeto á leyes inmutables que reflejan la infinita sabiduría de su autor. ¿Será por ventura el hombre, precisamente su obra predilecta, el único ser sin destino en la tierra, y estará entregado á no sé qué aberración llamada acaso, sintiendo, no obstante, latir en el fondo de su alma el pensamiento de lo infinito, que le hace extender su mirada mas allá de la tumba? ¿Habrá lanzado Dios al hombre en el océano de la vida, sin medio alguno de resistir al oleaje de las pasiones, ni de satisfacer las aspiraciones de su ser, sin puerto donde arribar y sin norte que seguir durante su

penosa navegacion? *Omnibus ratio; jus igitur datum est omnibus*, dice Ciceron, y antes que él habia dicho el estóico Crisipo: *O nomos panton erti basilleus zenon te kai aropotinon praipaton*.

Lo esencial en esta discusión no es el método; lo mismo da empezar por una idea que por otra.

Lo importante es que os penetreis de la relacion necesaria que tienen entre sí. Estudiad la ciencia de la legislación: ahora bien, para dictar leyes al hombre, lo primero de todo es conocerle en la integridad de su ser; no le mutileis; asid bien los tres eslabones que forman la cadena de oro del orden moral; no sacrifiqueis el derecho al deber, ni el deber al derecho, ni el derecho ó el deber á la libertad.

Pero si la libertad, el derecho y el deber son correlativos, ¿es que no existen los derechos absolutos, ilimitados é ilegislables del hombre? Problema grave, menos difícil ciertamente, pero mucho mas delicado que los anteriores, porque se roza con las opiniones dominantes. Hasta aquí habíamos discurrido tranquilamente en la serena region de los principios; ahora empiezan las aplicaciones; mientras la inteligencia se cierne en las alturas de la metafísica, se mueve á su placer, sin que nada estorbe su libre vuelo; pero apenas desciende á la tierra, todo es abrojos y asperezas.

Jurisconsultos independientes y dignos, no ciudadanos rebeldes, vamos á ejercitar pacíficamente el derecho de libre examen consagrado por la Constitución, ó para hablar con mas propiedad, vamos á cumplir el deber inexcusable que tiene la Academia de jurisprudencia y legislación por la naturaleza misma de su instituto de examinar si es ó no verdadera é inmutable la base que se pretende dar á la ciencia del derecho, pero protestando de nuestro respeto al texto constitucional, y predicando en este recinto y fuera de él la sumisión á las leyes; doctrina fuera de la cual la libertad es una palabra seductora y una decepcion cruel: *Omnes servi legum sumus, quia liberi esse possumus*.



de esta propiedad de que yo dispondría á mi antojo si fuera soltero. ¿Hasta qué punto lo son? ¿En qué proporción? ¿Tendrán solo derecho á los alimentos, ó les deberé algo más? Y en este último caso, ¿corresponderá á mi mujer la mitad de las ganancias hechas en el matrimonio, y deberán mis hijos ser declarados mis herederos forzosos? ¿Cuál será la porción en que consista su legítima? Y si la mujer no tiene derecho á la mitad de las ganancias, ¿no podrá reclamar siquiera una pensión de viudedad sobre los bienes de su marido? Y si al casarse era rica, ¿cómo deberá hacerse la cuenta del capital y sus beneficios al disolverse la sociedad? Cuestiones son estas para las cuales no tiene solución la escuela de los individualistas, que no admite mas criterio que el de la conciencia, concediéndola gratuitamente una infalibilidad, que si por fortuna es cierta respecto á la revelación de la idea del deber ó del derecho, no tiene fundamento alguno en cuando á las aplicaciones de esta misma idea. Guardémonos cuidadosamente de dar oído á las sugerencias de una conciencia invasora, que pretenda usurpar las funciones propias de la razón en el organismo de la vida.

De todas suertes, ya lo veis, la teoría de los derechos absolutos es una doble negación de la ciencia jurídica. La niega al establecer como único criterio la infalibilidad de la conciencia; por esto son lógicos (preciso es reconocerles este mérito), los individualistas que hacen figurar en el catálogo de los derechos absolutos el Jurado. Si la conciencia es infalible, Campomanes, Macanaz, Gregorio Lopez, no tenían mas títulos que un labriego para dictar una sentencia y ser los oráculos de la justicia. La niega, sustentando le tesis de que los derechos individuales son absolutos, toda vez que los Códigos de todos los pueblos de la tierra no contienen otra cosa mas que la limitación de esos mismos derechos que se suponen ilimitables é ilegales. ¿Se dirá que la humanidad ha vivido hasta ahora en el error! Mucha soberbia se necesitaría para esto; pero de todos modos yo os desafío á que construyais una ciencia jurídica que no tenga por objeto definir, organizar, reglamentar, y por tanto, limitar el derecho á la vida, el derecho á la igualdad, el derecho á la libertad, el derecho al honor, el derecho al trabajo y la propiedad, que son los derechos fundamentales del hombre; porque ¿qué derecho absoluto es ese del jurado que solo existe (y no en su plenitud, sino solo aplicado á los delitos) en alguna que otra nación del mundo civilizado? ¿Qué derecho absoluto, necesario é ilegible es ese otro del sufragio universal, que la humanidad se ha pasado hasta ahora sin él, no existiendo todavía hoy sino en alguno que otro país, y no en toda su extensión, sino grandemente limitado? El abuso deplorable de las palabras produce una perversión funesta en las ideas. ¿Es prudente llamar absoluto, necesario, ilimitado á lo que no es, á lo que no ha sido nunca, y me atrevo á añadir á lo que no será jamás? ¿Es razonable hacer del sufragio universal y del jurado, instituciones que no defienden ni impugnan ahora, un derecho absoluto inherente á la constitución de nuestro ser, confundiendo así la forma con la esencia de las cosas? Entre las formas políticas y judiciales, pedrán ser las mas convenientes el sufragio y el jurado. No discuto ahora estas cuestiones de organización, de procedimiento; pero afirmar que donde no existen, se mutila al hombre y se comete un atentado contra la naturaleza ó su Divino autor, me parece un atentado contra la lógica, el sentido común y la historia.

No hay derechos ilimitados é ilimitables, no: al decir esto, se confunde lastimosamente el poder con el derecho: teneis el poder de blasfemar, no teneis el derecho de blasfemar; teneis el poder de matar, no teneis el derecho de matar. No son, por consiguiente, absolutas é ilegales la libertad de la palabra ni la libertad de la acción. ¿No definen los individualistas la asociación, diciendo que es el derecho que tiene el hombre á asociarse con sus semejantes para los fines racionales de la vida humana? Luego no tiene el derecho de asociarse para conspirar, robar ó asesinar: luego es preciso que la ciencia y la ley definan y determinen cuidadosamente los fines racionales de la vida humana, impidiendo toda asociación que tienda á contrariarlos.

Esta confusión del derecho con el poder es lo que mas resalta en el ligero análisis que os he presentado de esos pretendidos derechos absolutos. El soldado puede desobedecer á sus jefes y desertar de las filas; pero no tiene el derecho de hacerlo, antes por el contrario, tiene el deber de sacrificar su libertad y su vida en defensa de la sociedad. El presidiario puede intentar su evasión; pero no tiene el derecho de hacerlo, antes bien, tiene el deber de resignarse á la expiación para restablecer el orden moral perturbado por su delito. Guzman el Bueno puede economizar la sangre de su hijo, pero tiene el derecho de sacrificar su vida para salvar á Tarifa y enseñar á sus contemporáneos y á las generaciones venideras como por actos de virilidad y sublime abnegación de los ciudadanos, llegan las naciones al apogeo de su grandeza y poderío.

«El rey (es decir, la patria) pesa mas que la sangre.» Esta sencilla inscripción, que constituye el mote del escudo de armas de los descendientes de Guzman el Bueno, es una magnífica síntesis de la verdadera teoría de la moral y del derecho.

El derecho no es el poder: la etimología de aquella palabra rechaza por sí sola semejante confusión: derecho se deriva de *dirigere*, que á su vez es compuesto de *rigere* y tiene la misma raíz que las palabras regla, rector, rey; es decir, que envuelve la idea de lo recto, la idea de dirección ó de lo que lleva á un fin. Y prescindiendo de toda razón etimológica, ¿qué puede ser

el derecho en el hombre mas que la facultad, ó mejor dicho, el deber que tiene como sér inteligente, libre, moral y social de cumplir por sí mismo su destino? El derecho es correlativo del deber; son aquel y este dos aspectos de una misma idea, segun la frase feliz de M. Coussin.

No ya el derecho, pero ni siquiera la libertad se puede confundir con el poder. La piedra cae obedeciendo á la ley de la gravedad; el Océano se contrae y se dilata, y los mundos giran en la inmensidad del espacio obedeciendo á leyes físicas, á las cuales no se pueden sustraer. ¿Por qué ha dado Dios al hombre el privilegio de la libertad? Si ha emancipado su espíritu de las leyes fatales de la naturaleza, en cambio le ha dado la ley moral, el deber, facultades para conocerla, la razón y la conciencia, voluntad para cumplirla, la libertad.

La libertad no es, pues; mas que la dirección de la voluntad por la inteligencia hácia el destino trazado por el Criador al hombre (1), ó como dice el mismo Arhens, «la facultad de disponer racionalmente de los diversos medios de desenvolvimiento que nos permiten llenar, en el órden general de las cosas, el fin de nuestra existencia.»

Lástima que quien da de la libertad una definición tan bella, venga despues, por el empeño de considerar como absolutos los derechos individuales, á caer en la moral de Spinoza, que identifica el derecho con el poder (2).

No: el hombre no tiene, no puede tener derechos absolutos. Lo absoluto, lo necesario, lo infinito, no pueden ser atributos de un sér relativo, contingente y finito. Comprendo bien la teoría de las ideas absolutas, que aparecen en el hombre pero que no le pertenecen; por esto ciertos filósofos han dicho con mas ó menos propiedad que la razón es impersonal; pero los derechos del hombre se encarnan en su personalidad, desenvolviéndose en el espacio y en el tiempo. Las ideas absolutas son la verdad, la cual es, como el bien, un atributo del Sér infinito, de Dios. La verdad no es vuestra ni mia, pero los derechos sí: mi vida es mia, no es vuestra, mi honor es mio, no os pertenece, mi libertad no es la vuestra; en suma, la idea fundamental del derecho, es lo tuyo y lo mio: por eso en todos los idiomas el hombre dice á cada paso mi derecho, mientras que no hay ninguno en que haya dicho nunca mi verdad.

Lo absoluto solo pertenece á lo absoluto.

La teoría de los derechos individuales que con tan honroso celo combate el panteísmo, por una inconsecuencia lamentable, aunque frecuente en la historia del pensamiento humano, si no derriba á Dios, como el panteísta, para colocar al hombre en su trono, le levanta hasta su mismo nivel. No absorbe al hombre en Dios, ni á Dios en el hombre, pero hace del hombre el igual de Dios.

Pugna de tal modo con la verdad de las cosas é implica tal contradicción en los términos, la idea de los derechos absolutos é ilimitados de un sér finito y social, que los mismos individualistas se ven obligados á reconocer que el derecho de cada hombre se halla naturalmente limitado por el derecho de su semejante. Solo que se apresuran á decir, como arrepentidos de esta concesión, que aquí «es solo el derecho el que limita al derecho, y que como todo aquello que por sí mismo se limita, es realmente ilimitado, puesto que el límite no es distinto del ser á quien limita, los derechos individuales no solamente son ilegales, sino ilimitables (3).»

¿Es verdadera esta tesis? Examinémosla, porque aquí está el error fundamental de esta escuela, y aquí es donde se descubre su origen helegiano y su carácter panteísta (4).

Kant habia dicho que todo conocimiento supone un objeto determinado, inteligible: de modo que este célebre filósofo admitía al lado del yo y con una existencia independiente de él, las cosas en sí, ó sea el mundo exterior y Dios.

Fichte y Hegel, desdeñando este dualismo, aspiraron á establecer un principio único, del cual se derivara la ciencia entera. El primero imaginó haberle hallado en el yo; y el segundo en la idea. Para Fichte, el origen de toda realidad, ó mejor dicho el único ser, la única sustancia es el yo: el yo existe porque se pone, esto es, porque se conoce, y se pone porque existe, de donde deduce que ponerse y ser son cosas idénticas. Las cosas en sí no existen sino en tanto que el yo inteligente las pone: no son la materia del conocimiento humano, sino solo el medio de dar al yo la conciencia de sí mismo. Permitidme recordaros estas frases: «El yo pone el no yo como limitado ó determinado por el yo,» «el yo se pone á sí mismo como limitado ó determinado

por el no yo;» «el yo y el no yo puestos en el yo por el yo, se limitan recíprocamente.»

Para mí, la dificultad de comprender la filosofía de Fichte, consiste principalmente en determinar qué yo es ese que todo lo crea en su omnipotencia. ¿Es el Dios de Spinoza? No; el mismo Fichte dice, oponiéndose al spinosismo: «el yo de cada uno es la sustancia única suprema.» ¿Es el yo humano, el yo individual, segun se desprende de esta frase que acabo de copiar? Entonces habria tantos séres absolutos como hombres, lo cual es un absurdo que no podia escaparse á la perspicua inteligencia de Fichte, sobre todo al ocuparse del derecho natural y de la moral. ¿Qué es ese, pues? un yo absoluto, que no es Dios ni el hombre, es decir, una abstracción sin realidad. Por otra parte, el edificio con tan exquisito arte construido, se derrumba, falto de base, si el principio de la filosofía de Fichte, no es el *cogito ergo sum* de Descartes, si su yo no es el yo humano que se pone á sí propio y que pone al no yo, «el cual no es mas que el yo mismo considerado en su límite y contrayéndose bajo esta apariencia de choque, hasta llegar al equilibrio (4).»

Modificando un tanto su teoría de la ciencia, dijo Fichte, al ocuparse de la moral: todo sér supone una conciencia; el yo no existe sino en tanto que se pone ó tiene conciencia de sí mismo. Debe, pues, tener tambien conciencia de esta tendencia que le constituye. El yo inteligente, poniéndose como idéntico con la tendencia á la actividad absoluta ó la libertad, es un sér cuyo principio no puede hallarse en otro sér, sino en algo que no sea un sér. Ahora bien, no hay, fuera del sér, otra cosa que el pensamiento: por consiguiente, el sér, producto de la libertad, tiene su principio en el pensamiento, en la idea. El pensamiento no es puesto como algo sustancial, sino como actividad, como movimiento de la inteligencia (2).

De que la idea sea el principio del sér, á que ella sola sea el verdadero sér, la única realidad, la sustancia suprema, no habia mas que un paso, y Hegel le dió con valentía, construyendo un sistema, que no es mucho sedujera en los primeros momentos por su grandiosa unidad y su belleza artística, por la armonía del conjunto y el lujo de la dialéctica.

Interpretando el mismo Hegel su célebre axioma: «todo lo que es racional es real y todo lo que es real es racional,» niega formalmente toda realidad á lo que pasa y perece. El idealismo absoluto suprime en el fondo como séres reales á Dios, la naturaleza y el hombre, no dejando en pié mas que la idea, que, desenvolviéndose, se convierte en naturaleza, y que, volviéndose en seguida sobre sí misma, se transforma por una segunda evolución en espíritu, para tornar de nuevo á ser naturaleza y continuar eternamente el mismo movimiento.

No es esta ocasión de hacer la crítica ni siquiera una exposición completa de estos sistemas que, desconociendo los límites de la razón humana y aspirando en su soberbia á encontrar un principio único del cual se derivan inmediatamente el sér y el pensamiento, confundiendo lastimosamente el principio didáctico con el principio real, las ideas con las cosas, la manera de conocer con el objeto conocido, el conocimiento con la existencia.

Si os los he recordado, ha sido solo para poner de relieve la filiación de la escuela individualista. La teoría que hace de la idea del derecho un sér que se limita á sí mismo, por mas que haga su aparición en personas distintas, es evidentemente una mera aplicación, una deducción legítima de la filosofía de Hegel, cuya falsedad es hoy notoria para todo el mundo.

No siendo, pues, mas que una consecuencia de esos dolorosos extravíos del genio, hijos del lamentable abuso de la abstracción, tal vez debería limitarme á decir que nosotros, juriscónsultos, y por tanto hombres prácticos, si bien no renegamos de la filosofía, tampoco nos rebelamos contra la naturaleza, y aceptamos como real y verdadero lo que es verdadero y real para el instinto humano. Yo no soy vosotros; mi vida no es la vuestra; el derecho de otro hombre no es el mio, y si estos derechos pueden chocar entre sí y hacerse incompatibles, menester es que haya una regla superior que los armonice, que impida todo rozamiento entre ellos y asegure su coexistencia. Dos hombres, son dos séres distintos que no pueden marchar el uno contra el otro en la misma línea recta sin chocarse. Si á la vista de una infame agresión decís que lo que ha habido es un choque del derecho, ó sea de lo absoluto consigo mismo, ¿qué enseñáis á la humanidad, qué consuelo dais á la víctima?

Pero mi conciencia no quedará tranquila con tal respuesta. Voy, pues, á analizar la tesis de los individualistas.

Uno de los vicios del razonamiento que la lógica de las escuelas describe con el nombre de sofismas, consiste en confundir lo abstracto con lo concreto, lo general con lo particular, lo absoluto con lo relativo. El argumento de los individualistas adolece de este primer defecto. «Mi derecho, dicen, se halla limitado por el derecho en otra persona distinta de mí,» es decir, suponen que el derecho que está en mí y el derecho que está en otro, es siempre el derecho uno, invariable é idéntico á sí mismo. ¡Error grave que no cometerían seguramente si la lengua fuera tan perfecta que tuviera una palabra propia para cada idea!

(Se continuará.)

(1) Fichte.

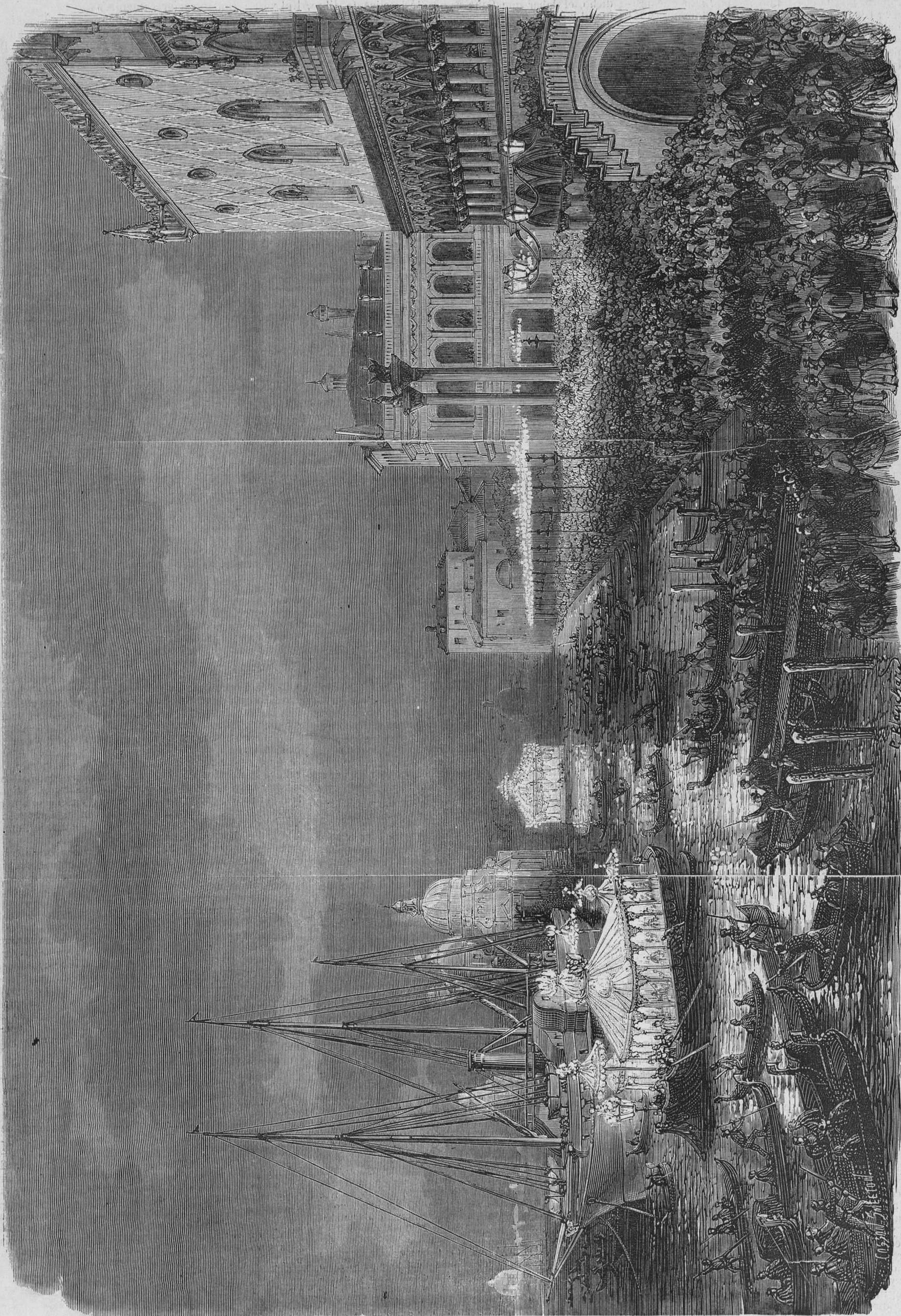
(2) Will. *Histoire de la Philosophie allemande*.

(1) Oudot.

(2) «No siendo el poder universal de la naturaleza mas que el poder de todos los individuos, síguese de aquí que todo individuo tiene un derecho absoluto á todo lo que pueda hacer, es decir, que el derecho de cada individuo se extiende tan allá como su poder determinado.» Palabras textuales de Spinoza.

(3) Castelar.

(4) No todos los individualistas tienen el mismo punto de vista, ni derivan sus doctrinas de idéntico principio. En un discurso general me es imposible clasificarlos y distinguirlos. Examinó, pues, la teoría de los derechos individuales, tal como la ha expuesto en el Parlamento el señor Castelar, que es sin duda, entre nosotros, de los mas competentes y autorizados.



Viaje de S. M. la emperatriz. — Venecia. — La serenata en el gran canal.

Viaje á Oriente

DE S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA.

Publicamos en este número tres nuevos dibujos relativos á la estancia de la emperatriz en Venecia.

El primero representa el aspecto que ofrecia el gran canal durante la serenata que se dió á Su Majestad en la noche del 4. La emperatriz estaba á bordo del yacht imperial *l'Aigle*. El concierto tuvo pues, lugar al aire libre y sobre el agua, lo que le dió un carácter mas pintoresco é imponente.

Dos inmensas embarcaciones vinieron á situarse enfrente del yacht imperial, rodeadas de centenares de góndolas llenas de gente. Los artistas principiaron el concierto por el coro de *Ernani* y el duo de los *Lombardos*. Nuestras correspondencias nos dicen que la orquesta tocó admirablemente estas dos piezas, ambas de un gran efecto.

El espectáculo era verdaderamente magnífico.

El palacio ducal, la Piazzeta y el palacio real, estaban iluminados á giorno. La Salud, á la izquierda, estaba iluminada con fuegos de bengala que dibujaban perfectamente los contornos de la famosa cúpula. Era en realidad un espectáculo digno de las *Mil y una noches*, y Venecia tan entendida en la organización de fiestas brillantes, hizo lo que nunca en aquella noche.

Damos el dibujo de la iluminación del palacio ducal que parecia un incendio.

A las nueve la emperatriz bajó de su yacht y acompañada del príncipe Giovannelli, y de las personas de su casa, se mezcló con la muchedumbre que se apiñaba á oír el delicioso concierto.

Pero además de las demostraciones populares, hubo en Venecia otras cosas que notar durante la permanencia de la emperatriz.

Venecia en su condicion de ciudad soberana y de reina del Adriático, que



VENECIA. — S. M. la emperatriz visitando las cárceles.

tuvo en otro tiempo, encierra recuerdos, museos, iglesias y palacios que pueden rivalizar con los mas bellos monumentos de Italia.

La emperatriz quiso verlo y visitarlo todo.

Otro de nuestros dibujos representa quizás el mas interesante de sus paseos. Es la visita que hizo á los calabozos de las antiguas cárceles de la famosa república.

La pintura que ha hecho Victor Hugo del poder del Consejo de los Diez, permite darse cuenta de los rigores que esperaban á las victimas condenadas al encierro en esos negros calabozos.

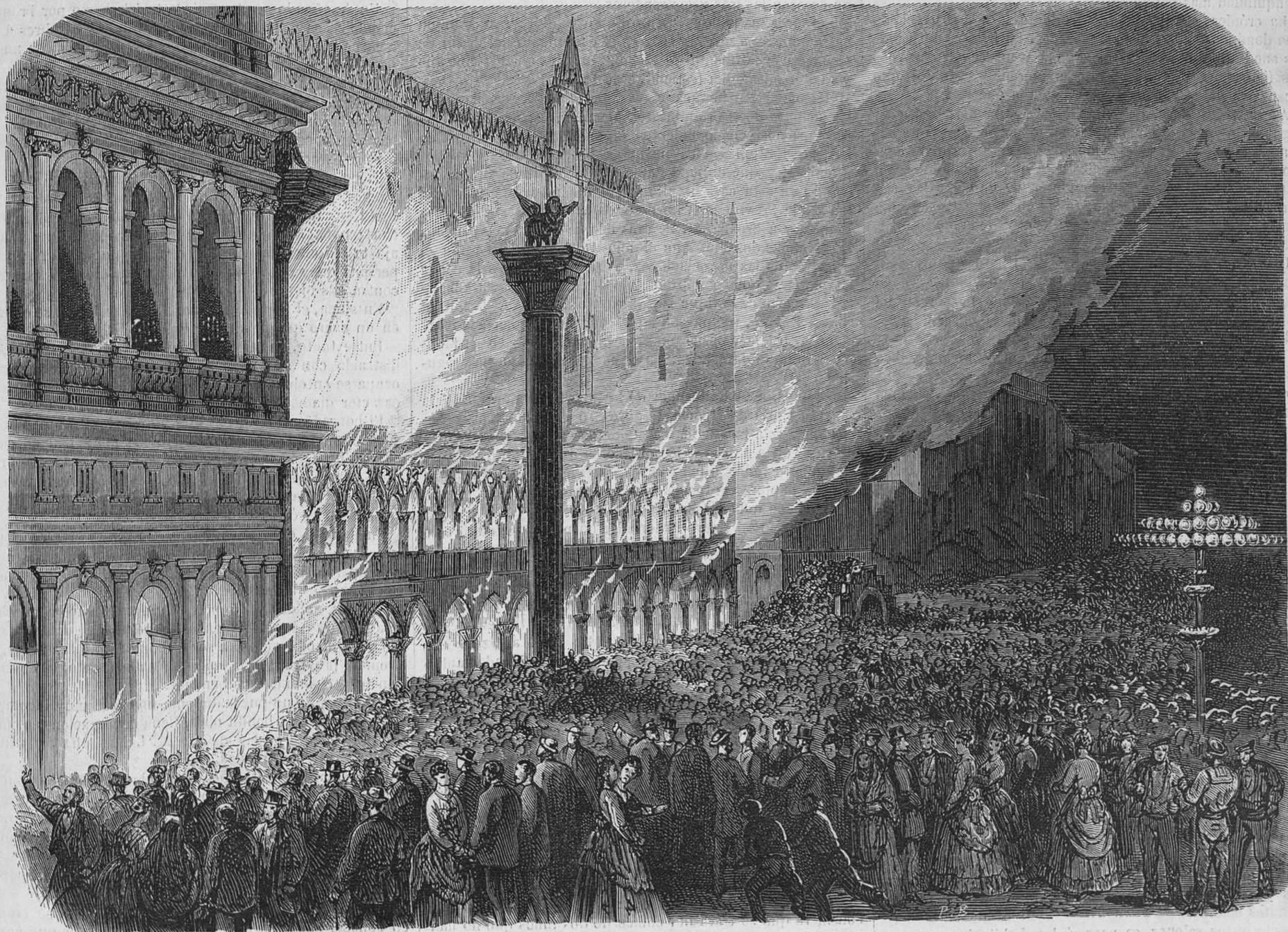
La emperatriz salió de Venecia para Atenas y Constantinopla. Atenas no habrá sido en este viaje mas que una rápida escala: en Constantinopla es donde están organizadas las espléndidas fiestas que deben revelar á S. M. las magnificencias del mundo oriental.

El 13 de octubre llegó la emperatriz á Constantinopla. El gran visir habia dejado la capital para salir al encuentro de S. M. y presentarle sus homenajes; pero *l'Aigle* con su velocidad burló los cálculos del primer dignatario del imperio y fué el mismo sultan quien recibió á S. M. la emperatriz Eugenia.

El tiempo estaba magnífico. Mas de veinte vapores salieron al encuentro de Su Majestad y la acompañaron hasta el palacio de Beylerbey. En ambas orillas del Bósforo veíanse tropas formadas; la poblacion en masa acudió á este sitio, y todos los buques se hallaban empavesados.

Muchas salvas de artillería saludaron á la emperatriz en el momento de su llegada; el espectáculo que en aquellos instantes ofrecia el Bósforo era indescriptible.

Al llegar el *Aigle* cerca de Beylerbey, el sultan dirigióse al encuentro de la emperatriz en un *caïque* ó góndola construida expresamente para esta augusta señora, á quien acompañó á su palacio. Despues de descansar la emperatriz un rato, el sultan le presentó los altos dignatarios de la Sublime Puerta.



VENECIA. — Iluminacion del palacio Ducal: incendio figurado.

En la noche del mismo día 13 hubo gran banquete en el palacio de Bechiktache. Todo el Bósforo estaba iluminado. La fiesta fué magnífica; la población reboaba de júbilo y durante el día todo el mundo abandonó sus negocios.

La *Turquía* dice que el gobierno otomano aprovechará esta ocasión para corresponder al espléndido recibimiento hecho en París al sultán, y sabrá demostrar sus simpatías á la soberana del país que es el mas antiguo aliado de la Puerta.

El día de su llegada á Constantinopla la emperatriz de los franceses hizo una visita á la sultana.

R. DE M.

### Revista de París.

El lunes último los parisienses podían leer en todas las calles de París un aviso del señor prefecto de policía invitándoles á permanecer en sus casas, como el medio mejor de no alimentar los desórdenes que podían sobrevenir por causa de las excitaciones demagógicas. Efectivamente, para el día siguiente martes 26 de octubre se habia anunciado una manifestación política algunas semanas antes. Varios diputados de la oposición debían acudir al Cuerpo legislativo, que no está convocado sino para el 29 de noviembre, fundándose en una cuestión de legalidad que verdaderamente, aunque se ha discutido mucho, ha quedado en suma bastante oscura. Sin embargo, poco á poco empezaron á retirarse los que habian promovido la manifestación, tanto que cuando se acercó ese día, no habia en París ni diputados ni periódicos que aconsejaran lo que antes habian encarecido. Muy al contrario, todo el mundo insistía en que no hubiera manifestación de ningún género, y afortunadamente el 26 de octubre ha pasado sin ruido y sin desorden. Apenas hubo en la plaza de la Concordia algunos grupos de curiosos del carácter mas pacífico.

El emperador dejó su residencia de Compiègne y pasó en París el 25 y el 26 de octubre, y desde el terrado del jardín de Tullerías ha podido asistir al espectáculo que presentaban algunos centenares de ociosos esperando sucesos que no han ocurrido.

París se da la enhorabuena de que haya sido así, y á las inquietudes que habian causado los temores de que pudiera realizarse semejante manifestación, ha sucedido la tranquilidad mas completa.

La crónica, sin embargo, se resiente de una situación en que dominan las emociones políticas. En la expectativa de los sucesos á que nos referimos, las aventuras de caza, los desafíos, las noticias de bastidores pierden ese interés que alcanzan cuando nadie se acuerda de la política.

Apenas las noticias del viaje de la emperatriz han conseguido llamar la atención pública. Y no es decir que hayan escaseado, ni que dejen de ofrecernos un brillante cuadro de las recepciones y las fiestas á que ha dado margen la presencia de la emperatriz en la ostentosa corte de Constantinopla; muy lejos de eso, todas ellas constituyen una narración verdaderamente maravillosa y llena de esplendores.

Una muestra nada mas daremos aquí para que se comprenda hasta qué punto es cierto lo que decimos, y es la descripción de las habitaciones preparadas por orden del sultán para la emperatriz en el harem del palacio de Beylerbey.

Habla el corresponsal del periódico el *Moniteur*, y dice entre otras cosas lo siguiente:

« La escalera principal conduce á un salón de descanso que presenta un carácter de mucha grandiosidad. Es de figura cuadrilonga, y en su artesonado, sostenido por columnas de color azul turquí, abundan sobremedida los caprichos de una maravillosa ornamentación. Los cuatro ángulos de este salón comunican con otros cuatro salones hermosísimos, pintado de azul el uno, de encarnado el otro, de blanco el tercero y de blanco y oro el cuarto.

El comedor, que comunica también con el salón de descanso, ofrece una feliz combinación de las comodidades europeas con los usos del país. Los baños y los aguamaniles destinados para las abluciones que preceden y siguen á las comidas, se hallan incrustados de piedras preciosas. Todo el servicio de mesa es de gusto turco y de una magnificencia verdaderamente oriental. Además el sultán ha mandado construir en Europa una vajilla de mucho gusto.

En el salón de descanso, que es el centro de donde arancan todas las habitaciones, hay en la parte que da al Bósforo una serie de salones de recepción, amueblados los unos á la europea, y los otros al estilo turco, siendo notables los primeros por el valor, el brillo y la profusión de las materias empleadas en su construcción y adorno, pero no por su buen gusto, si bien en su conjunto ofrecen un aspecto deslumbrador. Los salones turcos están adornados con una delicadeza que trae á la memoria las maravillas de la arquitectura árabe. Allí no hay pared alguna sin calados; en todas partes se ven arabescos é inscripciones poéticas que cubren los artesonados esmaltados de los mas brillantes colores.

Desde estos salones se pasa á las habitaciones reservadas, la primera de las cuales, destinada para salón

de las damas de la servidumbre de la emperatriz, es notable bajo muchos conceptos. Uno de los lados de este salón está cerrado por una gran cortina de la India, de fondo blanco con adornos de oro. En él se ven cofres de forma muy rara que contienen objetos pertenecientes á los antepasados de Abdul-Aziz. Entre esos objetos, que son muy preciosos, figuran armas de una labor tan fina, que no es posible dar de ella una idea.

A poca distancia del salón se hallan el dormitorio y los gabinetes destinados para tocador, amueblados á la europea. El lecho es de pabellón, el cual está formado de telas preciosas y sostenido por abrazaderas doradas.

Se entra luego por un corredor al cuarto del baño, que es de un gusto exquisito y se halla dividido en dos piezas, cuyo techo tiene la figura de cúpula, en la cual hay varias pequeñas aberturas redondas para dar paso á la luz. Los grifos de los baños son de plata. Ambas piezas tienen las paredes cubiertas de mármol blanco. Véase allí una cama con un rico cortinaje, en el que se hallan representados fantásticos pájaros, que cualquiera diría que son naturales y escapados de los jardines de Gullistan, los cuales están posados sobre follaje en actitud de picar maduros frutos y pétalos de flores.»

¿No es un palacio digno de figurar en los cuentos de las *Mil y una noches*?

Otros pormenores no menos interesantes hemos leído esta semana; pero nuestro corresponsal especial continuará su relación ilustrada para este periódico, y en ella encontraremos por su orden todos los sucesos del viaje.

Entre tanto vamos á hablar hoy de una obra histórica donde los dramaturgos hallarian un excelente argumento lleno de situaciones y de peripecias dramáticas.

Trátase en este libro de unos casamientos célebres, los que al cabo de prolongadas y laboriosas negociaciones unieron al joven Luis XIII con Ana de Austria y á su hermana Isabel de Francia con el que fué despues Felipe IV.

Es un episodio de la historia de Francia casi desconocido hasta el día y que los historiadores señalan brevemente.

Ahora bien, gracias á varios hallazgos hechos en la Biblioteca imperial de París y al descubrimiento de dos grandes colecciones de documentos diplomáticos, una de Roberto Ubal dini, nuncio del papa en Francia, y otra de Sabary de Breves, embajador de Francia en Roma desde 1608 á 1615, M. Perrens, autor de la obra en cuestión, que se titula: *LOS CASAMIENTOS ESPAÑOLES*, ha podido narrar circunstanciadamente y exponer con toda claridad hechos alterados ó omitidos por los que han escrito sobre el reinado de Luis XIII.

Sabido es que en 1598 terminó la terrible y larga guerra que habia entre Francia y España; pero si la lucha cesó, no cesaron las iras y los rencores.

Entonces los políticos pensaron en establecer una unión entre ambos países, fundada en el casamiento del delfín de Francia con la infanta de España, nacidos en el mismo año y casi el mismo día (setiembre de 1601).

Hasta nuestro tiempo se ha creído que las primeras negociaciones no eran anteriores al año 1609; pero M. Perrens prueba con documentos diplomáticos que su origen remonta hasta la época misma del nacimiento de los dos príncipes, y que el papa Paulo V, viendo desde su advenimiento en esta casi simultaneidad un indicio de la voluntad de la Providencia, no cesó de aconsejar este enlace á Francia y á España. M. Perrens demuestra además, contra la opinión admitida, que el año 1609, en que se fija el principio de las negociaciones, es por el contrario la época en que se vió mas comprometido el éxito de los casamientos. En efecto, Enrique IV, dispuesto á renovar la guerra contra España, rompió en aquel momento todas sus relaciones con ella y buscó para sus hijos alianzas en la familia del duque de Saboya, cuya cooperación queria asegurarse.

Así pues, cuando despues de la muerte de Enrique IV la regente María de Médicis se apresuró á reanudar las negociaciones relativas á los casamientos españoles, podia decir que volvía á apoyar los proyectos de su esposo, aunque se habian cambiado los papeles, pues la Francia era la que parecia implorar entonces unas alianzas que habia mirado siempre con indiferencia.

Por último, el nuevo historiador ha puesto en claro otro hecho bastante curioso: los casamientos estaban acordados en principio y firmados los contratos desde 1612, y sin embargo, las princesas no salieron de sus respectivas cortes hasta 1615. El autor explica de una manera categórica con la oposición de la nobleza francesa á estos enlaces y con las perturbaciones del reino, este largo aplazamiento que puso mas de una vez en peligro los resultados anteriormente adquiridos.

M. Perrens sigue paso á paso, ó por mejor decir, día por día, las correspondencias que mediaron durante esos trece años, no tan solo entre Francia y España, sino también entre estos dos países y el papa, Inglaterra y el duque de Saboya.

— Se necesitaría un mar de tinta, exclama un diplomático, para relatar todas las fases de tan trabajosas negociaciones.

M. Perrens, al citar estas palabras, debió pensar también en la importancia de su tarea, porque dedica un volumen de mas de quinientas páginas á referir todas aquellas argucias de la diplomacia europea. Largo espacio es si se considera que se trata del enlace de dos niños que no han cumplido aun quince años, mas no es excesivo si se piensa que de uno de estos dos matrimonios nació Luis XIV, y

que el otro fué el origen aunque remoto de la guerra de sucesión en España.

La historia en sí, tal como resulta de este rápido análisis de la obra, ofrece ya bastante interés; pero este interés se aumenta con las particularidades anecdóticas que el mismo autor señala.

¿Cuántas veces las negociaciones entabladas están á punto de producir un rompimiento! ¿Qué de obstáculos y rivalidades entre los pretendientes! ¿Qué de astucias é intrigas en todos los personajes favorables ó adversos á los matrimonios! Por último, ¿qué de alarmas entre los amantes cuando están á punto de fracasar los proyectos, y qué alegría cuando ven realizado su anhelo, esto es, cuando llega el desenlace del enredo, que es una doble boda!

Pero ¡ay! los dramaturgos modernos han abandonado por completo el terreno histórico, y buscan sus ficciones en la realidad mas prosaica.

Una causa criminal les inspira emociones que no encuentran en la historia.

Y luego se dice que es el público el que no quiere ya la historia en el teatro, como si el público no aceptara siempre todo lo que se le presenta con buenas condiciones literarias.

Así andan los empresarios que no saben cómo acertar á llamar gente. Este saca á luz comedias de magia cuyo infalible atractivo reside en las decoraciones y en los trajes; aquel se entrega á esas exhibiciones tan á la moda en que un batallón de jóvenes escogidas por su belleza plástica constituye el principal interés del espectáculo; el otro, desconfiando hasta de los autores mas en boga, exhuma del polvo de sus archivos novedades de hace treinta años.

Así ha sucedido en el Vaudeville.

Despues de haber fracasado *Tamara*, de M. Mario Uchard, segun dijimos á su tiempo á nuestros lectores; despues de haber visto que en el teatro de Cluny habia tenido la misma infortunada suerte la nueva pieza la *Falsa moneda*, del celebrado autor de *los Inútiles*, el director, M. Harmant, ha dado punto á sus proyectos de poner en escena otra producción de este último autor, y ha resucitado los *Petits oiseaux*, tres actos, de los señores Labiche y Delacour, con cuya obra ha obtenido un éxito altamente satisfactorio.

Verdad es que en los *Petits oiseaux* (*los Pajarillos*) hay un argumento esencialmente cómico.

El protagonista es un hombre de corazón tierno y compasivo, dispuesto siempre á acudir en beneficio del que le necesita, siempre con el bolsillo á la disposición de todo el mundo.

¿Qué felicidad la suya! No hemos visto jamás un filántropo mas enamorado de sus buenas obras.

Pero ¡ay! esta dicha dura poco.

Un desalmado se atreve á destruirla como por broma, diciéndole lisa y llanamente que uno de los hombres á quienes socorre no es digno de tales favores, pues con una mano toma su dinero y con otra le disipa.

Esta revelación inesperada y terrible cambia la existencia del filántropo que, desde aquel día, en vez de contemplar á la humanidad bajo el prisma con que la habia visto hasta entonces, huye de ella, pues cada uno de sus miembros le parece un ser infame y alevoso.

Tiene celos de su esposa; cierra la puerta á todos sus amigos, porque cree que conspiran contra sus caudales, y hasta sus mismos criados le inspiran las mas vivas sospechas; pone cerraduras de secreto en todos sus muebles, ajusta las cuentas á todos céntimo por céntimo; y cada persona que se acerca á él le parece un enemigo que atenta contra sus bienes.

En suma, el hombre generoso por excelencia se convierte en un avaro que puede pasar por modelo.

Entre tanto, su hermano, un mercader de paños, que distraído con sus negocios no ha tenido tiempo jamás de ocuparse en obras de beneficencia, hace una conversión de carácter diametralmente opuesto.

El honrado pañero tiene un hijo á quien escatima la pensión todo cuanto puede, se enternece por fin al considerar cuánto ha debido sufrir el pobre joven con aquellas miserias, y de repente abre sus arcas cerradas con triples llaves, y derrama el oro á manos llenas.

Nada mas cómico que este contraste.

Finalmente, el filántropo convertido en avaro pierde su fortuna, y esto le da ocasión para reformar su juicio acerca de la perversidad que atribuye á los hombres. Todos aquellos á quienes ha prestado algun servicio, conocidos y desconocidos, acuden á él en tan duro trance, le consuelan y le auxilian, y en presencia de aquellos rasgos de desinterés y de afecto, vuelve á ser el hombre que era antes, y se promete prodigar á los *pajarillos* su alimento, y continuar con todo el mundo sus bondades.

Este análisis no puede dar sino una idea muy incompleta de lo que es esta bonita obra, llena de situaciones cómicas, y escrita con la gracia de que M. Labiche ha dado tantas y tan aplaudidas pruebas.

El director del teatro de Variedades ha imitado á su colega del Vaudeville, volviendo á representar una comedia de Victorien Sardou titulada: *les Pommes du voisin*, que obtuvo hace años un éxito extraordinario en el Palacio Real.

También aquí el protagonista tiene uno de esos papeles que dominan la obra.

Es un magistrado lleno de virtudes, pero que se empeña en conocer por experiencia propia las pasiones que castiga en su tribunal, de cuya experiencia resultan los chascos mas risibles.

El público ha recibido bien esta antigua producción del autor de la *Familia Benoiton*, mientras ofrece al teatro alguna cosa inédita.

Hé ahí cuál es el estado de los teatros de París en la última semana: comedias de magia y piezas desconocidas a fuerza de haberse olvidado.

En cuanto á las escenas líricas, nada nuevo se prepara. Solamente en los Italianos se anuncia como muy próxima la ejecución del *Paraiso y la Peri*, sinfonia de Schumann con coros, dividida en tres partes, así como el *Fidelio* de Beethoven, que se dió hace muchos años, en los tiempos en que la Cruvelli figuraba en las compañías italianas.

Entre tanto la Patti continúa haciendo el gasto en las funciones, siempre con el aplauso unánime del público y de la prensa, pues es imposible dejar de admirar á tan incomparable cantante. Desgraciadamente, no tardará en dejarnos, hallándose contratada para San Petersburgo, en donde debe estar á mediados de noviembre; así es que sus apasionados se apresuran á aplaudirla en *Lucia*, *Rigoletto*, el *Barbero* y la *Traviata*.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### ACHORÓZ.

(TRADICION VASCONGADA.)

(Continuacion.)

#### II.

Con razon se considera  
Como la Suiza de España  
Ese pais pintoresco  
De las tres provincias vascas;  
Allí nace el arroyuelo  
Que va formando cascadas,  
Y sus cristales quebrados  
Reune en cinta de plata  
Que, abriendo espaciosa calle  
Entre juncias y espadañas,  
Tranquilamente pasea  
Por los campos de esmeralda.

Aquí los grupos de flores  
Del montecillo en la falda  
Inclinando las corolas  
Dan al aire su fragancia,  
Y juegetean las brisas  
Del árbol entre las ramas,  
En tanto el ave en la copa  
De la añosa encina canta,  
Mientras su nido se mece  
Por las balsámicas auras  
Y se arrullan las implumes  
Al abrigo de sus alas.

Es una noche tranquila,  
Brilla la luna argentada  
Y de Guipúzcoa platea  
Los valles y las montañas;  
De las faenas del campo  
Los labradores descansan,  
Hasta que á Oriente la aurora  
Tiña de carmin y gualda  
Y hácia el aprisco conduce  
El pastor á su manada,  
Para esperar sosegado  
Que alumbre el sol de mañana.

En el castillo que esconden  
En la sierra de Zaraya  
Los castaños y los guindos,  
Los nogales y las hayas,  
Reina un silencio profundo  
Y sepulcral: todos callan  
Y sin embargo, no todos  
Duermen en mullida cama,  
Que allí hay una pobre niña  
Cuyas amórosas ansias  
Hace que cuente las horas  
Por la noche desvelada.

De su triste abatimiento  
Ya conocemos la causa;  
Días atrás con su padre

Tuvo una entrevista larga,  
Y en el castillo hospedaron  
Al huésped que se anunciaba.  
Por eso se ve á Leonor  
Asomada á una ventana,  
Y por su tersa megilla  
Aun mas que la luna pálida,  
Parece que se desprende  
Una abrasadora lágrima.

Suspira la pobre niña,  
Tiende al cielo una mirada,  
Alguna oracion murmura  
Para dar alivio al alma;  
¡Qué presto en su corazon  
El pesar halló morada,  
No respetando siquiera  
Ni sus años ni sus gracias!  
Mas de pronto la suspende  
Blando preludeo del arpa,  
Y una voz que dulce suena  
Y al instrumento acompaña.

«Tras de la ausencia  
Tu amante asoma;  
Viene á salvarte  
Lleno de afan,  
Porque tu nido  
Casta paloma,  
Profano acecha  
Tu gavilan.

» Ven á mis brazos  
Prenda querida,  
Yo del peligro  
Te salvaré,  
Que el honor vale  
Mas que la vida,  
Si quien lo tasa  
No es el marqués.

» El otra llave  
De tu aposento  
Ha conseguido  
Tener al fin;  
Vamos á Oñate,  
Que su convento  
Separe al diablo  
Del Serafin.

» Maligno influjo  
De negra estrella  
Sigue la cuna  
De nuestro amor,  
Y, á no ser mia,  
Mi Leonor bella,  
Me prometiste  
Ser del Señor.

» Entre las virgenes  
Del sacro coro  
Místicos goces  
Hallarás tú,  
Yo iré á la guerra,  
Buscaré al moro;  
Mi vida al triunfo  
Do y de la cruz.»

Perdiéronse en el espacio  
Estas sentidas palabras,  
Hijas de un alma, sin duda,  
Valiente y apasionada;  
Calló la voz y con ella  
El plácido son del arpa;  
Mas luego un gentil mancebo  
Trepando por una escala,  
Subíase con destreza  
De Leonor á la ventana,  
Cuando detrás de una nube  
La luna se encapotaba.

#### III.

— ¡Leonor querida!  
— ¡Seducor Ramiro!  
— Hoy por última vez véme á tu lado,  
Ven y cierra en mis labios el suspiro

Que exhalas con tu aliento perfumado,  
Encantos mil que tu semblante aduna  
Traidores roban mi extraviada calma,  
Mas no hay expuesta inclinacion alguna  
Si anida la virtud dentro del alma.  
— Un torcedor mi espiritu lacera  
En el sueño amoroso en que se mece,  
Por ser toda esperanza lisonjera  
Flor que el soplo del aura desvanece.  
— Yo con esmero cultivé una rosa  
En el jardin del alma cierto dia,  
Eras entonces, mi Leonor hermosa,  
La única flor de la existencia mia;  
Yo respeté tu virginal fragancia,  
Por eso me guardaste afecto puro,  
Mas el mundo interpuso la distancia  
Y entre uno y otro amor colocó un muro;  
No comprendió la sociedad mezquina  
Entre los dos mediando cierta altura,  
Pudiese yo con mi ilusion divina  
Respetar tu virtud y tu hermosura;  
Y hoy trovador humilde y vagabundo  
Quejarme debo de mi suerte ingrata,  
Si un porvenir soñando sin segundo  
Con sordida avidez nos lo arrebató.  
— Abandona, Ramiro, esa quimera  
Que cunde acalorada por tu mente,  
Y haz que suceda una amistad sincera  
Al frenesí de tu pasion ardiente.  
— Y ¿por qué ha comprendido al alma mia  
Una mujer inmaculada y pura,  
Si el mismo amor que ayer me sonreía  
Un porvenir fatídico me augura?  
¿Qué ley obedecemos del destino?  
¿Qué estrella te lanzó junto á mi estrella?  
Si te habia de hallar en mi camino  
¿Quién nos hizo á mí ardiente y á tí bella?  
Siento que hidalgo el corazon me late  
Y en él cifro mis timbres y fortuna,  
Mas ¡ay! tu padre en su altivez combate  
Los modestos pañales de mi cuna,  
Fuego, no sangre, á mi cabeza sube;  
Mis sienas á estallar próximas toco;  
Borrachera de orgullo es esa nube  
Que anida torpe en su cerebro loco.  
¿Por qué, corazon mio, te enamoras  
Con un amor frenético y demente,  
Si en esta sociedad en donde moras  
No encuentra un eco el corazon que siente?  
¿Por qué infeliz y triste criatura  
Lánguidos vuelves hácia mí tus ojos,  
Si el mundo llama á nuestro amor locura  
Y convierte sus rosas en abrojos?  
— Pues yo del cláustro buscaré la calma,  
Que, muertas mis doradas ilusiones,  
Si la mayor nobleza es lá del alma  
No quiero otros heráldicos blasones;  
Dicha completa desconoce el mundo  
Y siempre junto á tí lo fué la mia,  
¿Cómo pensar pudimos ni un segundo  
Que dicha tan completa duraría?  
— ¡Ay! esas horas que pasé á tu lado  
No es fácil que se borren con la ausencia,  
Y si es un mal quererte demasiado  
No he de buscar alivio á mi dolencia.  
— ¿Con que es fuerza partir?

— A Dios le plugo

Llegase á tiempo el trovador errante,  
Para arrancar la víctima al verdugo  
Y descubrir su hipócrita semblante:  
Ve que el destino en su poder te deja,  
Al juzgarme soldado aventurero,  
Si tras la piel de inofensiva oveja  
No adivinas al tigre carnicero;  
Él lanzado en un mundo de placeres  
Y soñando amorosos desvarios,  
Tal vez llegó á tocar bellas mujeres  
Y corazones encontró vacios;  
No abriga el suyo sentimiento honrado,  
Su ambicion satisface con el oro,  
É intenta en cambio de tu amor negado,  
Sellar tu sien con criminal desdoro.  
— Cállate por piedad: ¡maldito sea!  
— Maldíganle mil veces tus afanes,  
Que es un mal caballero quien emplea  
Por coronar su fin bastardos planes.

OBDULIO DE PEREA.

(Se continuará.)

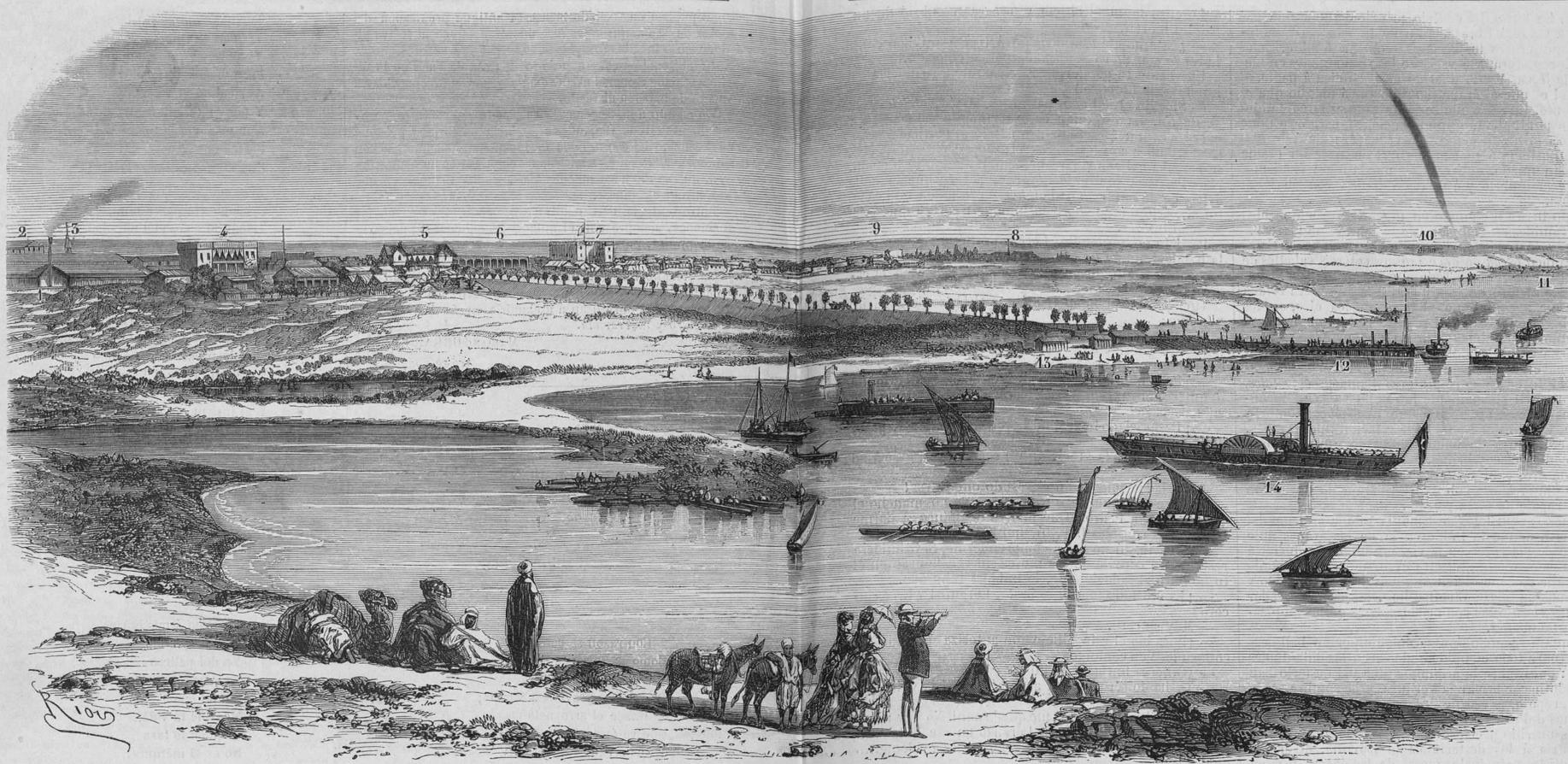
El istmo de Suez.

(Continuacion. — Véase el número 877.)

ISMAILIA.

Vista general de Ismailia. — Carro de riego. — Un aspecto de la aldea árabe. — Estacion del ferro-carril.

En 1859, M. de Lesseps hacia una excursion por el istmo. Acababa de dar las primeras azodonadas en Puerto-Said, y se dirigia hácia Suez recorriendo el desierto en la direccion que debia tomar algunos años despues el canal marítimo.



Canal de Suez. — Vista general de Ismailia.

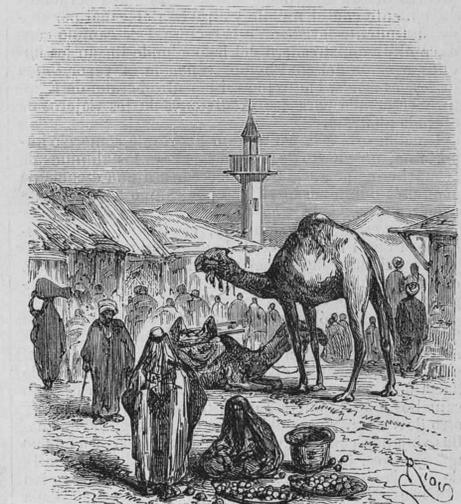
- 1. Talleres del tránsito. — 2. Hotel de los viajeros. — 3. Campanario de la iglesia católica. — 4. Casa de M. Guichard, jefe del tránsito. — 5. Casa de M. de Lesseps. — 6. Habitación de la direccion general y de M. Voisin-Bey. — 7. Palacio del gobernador egipcio del istmo. — 8. Fábrica Lasseron. — 9. Campamento de El-Guisr. — 10. Casa del virey. — 11. Taller N° VI. — 12. Desembarcadero. — 13. Establecimiento de baños de mar. — 14. La Union de los dos mares, (yacht del virey.)

rítimo, en el kilómetro 75, á igual distancia de Puerto-Said y de Suez ha sido elegida para capital del istmo. Asi como Puerto-Said, Raz-el-Eich, Kantara, El Ferdane y El-Guisr, salió de tierra como por encanto, y reuné ya cinco mil habitantes.

En Ismailia se ha establecido la direccion de las obras. Los intereses políticos y comerciales la designaban como centro del gobierno provincial, pues el istmo ha venido á ser provincia egipcia, bajo el mando de un gobernador muy áfable, á quien he tenido el gusto de conocer en casa de mi amigo Laroche, el sabio ingeniero de Puerto-Said. Es Ali-Bey.

Ismailia ofrece el aspecto de una ciudad europea trasportada á Oriente; su carácter participa de entrambas civilizaciones, como lo demuestra la vista de su caserío que nuestro dibujo reproduce con fiel exactitud.

Hé aqui la enumeracion de las construcciones. Los talleres del tránsito; el hotel de los viajeros; el



Aldea árabe.



Carro de riego en Ismailia.

Tratábase entonces de la ejecucion de las obras. Llegado al lago Timsah, que no era entonces mas que una depresion de terreno arenoso con alguna escasa vegetacion, un agujero que durante siglos sirvió de desagüe á las crecidas del Nilo, el director de la Compañia de Suez echó de ver que la provision de agua de la caravana estaba casi concluida.

Hallábanse en medio del desierto, y los hombres y los animales comenzaban á padecer de la sed. ¿Qué remedio habia?

¿Dónde encontrar agua en aquellos arenales quemados por el sol?

M. de Lesseps tuvo una inspiracion, y dirigiéndose á los árabes que le seguian, les dijo:

— Doy un duro al que descubra agua. Por un duro un árabe intenta lo imposible.

Al punto los camelleros y los saís se ponen á excavar el suelo, y cuando llegan á la profundidad de un metro, la arena aparece húmeda. A metro y medio las filtraciones se hacen mas abundantes, y al cabo de algu-

nos minutos el agua se acumula en el agujero practicado por los árabes. La recogen con sartenes y la depositan preciosamente en una *habaye*, capa árabe de uno de los viajeros, y en esa artesa improvisada beben los hombres y los caballos. La caravana estaba salvada.

Este manantial encontrado en la duna de arena que se extiende entre Nefich y el lago Timsah, daba al principio un agua salobre poco agradable al paladar; sin embargo, algunos meses despues, á fuerza de extraerla para cubrir las necesidades del campamento de Timsah

(hoy Ismailia), el agua ya fué potable. Aquel dia M. de Lesseps se habria podido aprovechar de la situacion para imponerse á los árabes como un hombre prodigioso; pero la civilizacion ponía en sus manos otras maravillas de resultado mas infalible aun.

La charca se convirtió en estanque, y en sus márgenes hay cañaverales, tamariscos y masas de verdura. Todo lo fertiliza en su derredor, y en la actualidad las liebres y los zorros han elegido domicilio en sus inmediaciones.

Esa duna fertilizada es el paseo predilecto de los jinetes de Ismailia, lo que le ha valido el nombre de *Bosque de Boulogne*: lo que en cualquiera parte es una zarza, en el desierto se considera como un bosque.

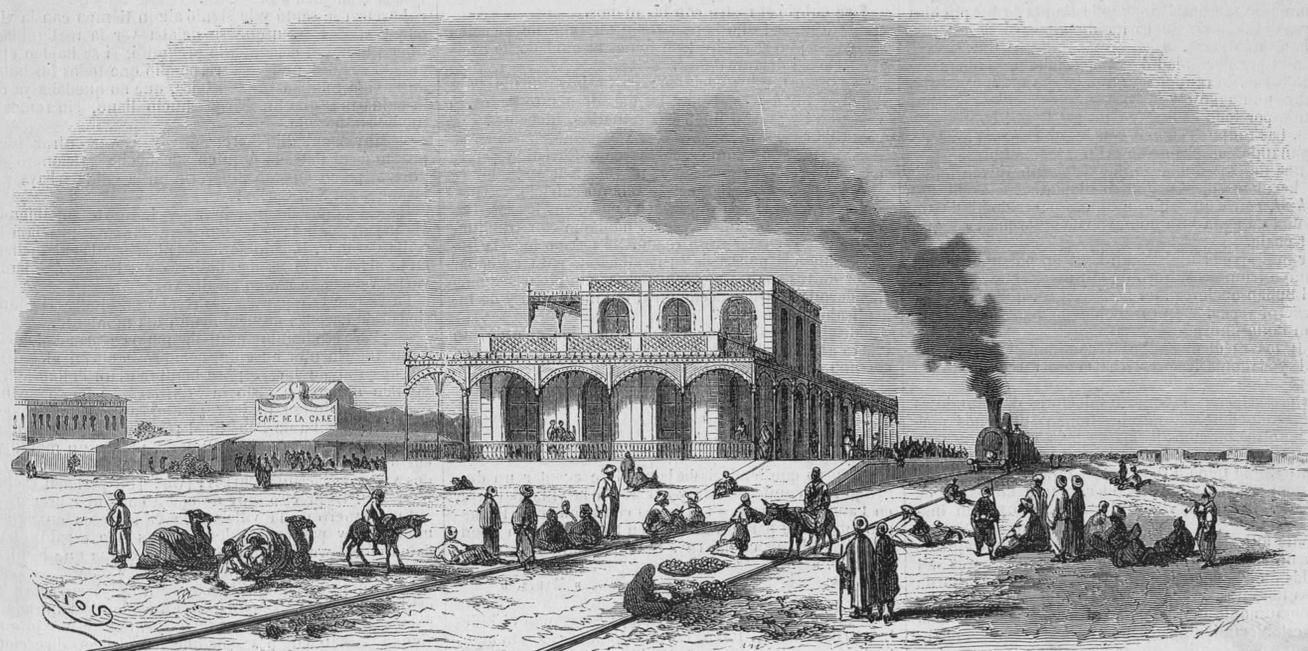
De ese lugar, que se prolonga al sudoeste de Ismailia, he sacado la vista de la ciudad, de esa poblacion nueva que cada dia se extiende sobre la orilla setentrional del lago Timsah, y que lleva el nombre del virey de Egipto.

La posicion topográfica de Ismailia ha hecho su fortuna. Colocada en el centro del trayecto del canal ma-

campanario de la capilla católica; la casa de M. Guichard, director general del tránsito; la casa de M. de Lesseps; la habitación de M. Voisin-Bey; la de M. Lavalley; el palacio del gobernador general egipcio; el establecimiento Lasseron, que envía el agua dulce á Puerto-Said. A lo lejos se distingue vagamente el campamento de El-Guisr; mas adelante, sobre la derecha, la casa rústica del virey, á cuyo pié está el taller número 6. A la orilla del lago y al extremo de un camino plantado de árboles, se halla el desembarcadero, junto



Los baños de mar de Ismailia.



La estacion del ferro-carril en Ismailia.

al cual están los baños de mar. Finalmente, en las aguas del lago se ve el buque egipcio *Union de los dos mares*.

Ismailia posee además una mezquita, un gran hospital para los europeos y los árabes, y un palacio que el virey acaba de edificar sobre los planos de un joven ingeniero francés, M. Pouchet.

En la plaza Champollion están las oficinas de correos, á cuya puerta se pueden leer las listas de las cartas que no encontraron en Ismailia á las personas á quienes iban dirigidas.

La oficina telegráfica centraliza los hilos que, partiendo de Puerto-Said y de Suez, sirven todas las estaciones del canal marítimo. En la época de mi viaje se trataba de ceder el telégrafo al gobierno egipcio.

Un muelle de cerca de 2 kilómetros de largo sobre 40 de ancho, sigue en línea recta al canal de agua dulce que separa á Ismailia del lago Timsah, teniendo dos hileras de árboles que resguardan del sol á los paseantes.

El camino del puente, plantado de árboles también y de medio kilómetro de largo, se ramifica perpendicularmente con el muelle y atraviesa el canal por medio del puente levadizo de la esclusa. Este camino conduce al desembarcadero del lago adonde llegan los buques, y cerca del cual hemos señalado el vapor *Union de los dos mares*, bautizado así por el soberano de Egipto, y reservado para las excursiones de los viajeros de elevada alcurnia.

Ismailia será á la par que un puerto de comercio importante, un puerto de aprendizaje para los alumnos de la marina egipcia. Se trata de crear allí una escuela de grumetes que tendrán el lago por campo de sus evoluciones.

Ya que estamos en Ismailia, el sitio en donde desemboca en el lago el canal de agua dulce, diremos algunas palabras del abastecimiento de agua potable, cuestion vital que ha costado tantos sacrificios á la Compañía.

Cuando se trató de crear Puerto-Said y establecer los talleres de los 20,000 fellahs, diseminados desde las márgenes del Mediterráneo hasta el lago Timsah, el primer cuidado fué el de la alimentación. Ante todo hacia falta agua dulce, que había que ir á buscar con camellos á 30 kilómetros de distancia. Un día de ida y otro de vuelta. Se calculó que se necesitaban 800 camellos viajando continuamente para dar de beber á 20,000 trabajadores. Con efecto, hubo un período en que la Compañía tuvo hasta 2,000 camellos que iban y venían al través del desierto por caravanas de 10 á 20. Cada camello traía en un barril 125 litros de agua.

Era imposible que este medio tan costoso pudiese durar mucho, y así fué que emplearon la mitad de los trabajadores en desviar el agua del Nilo para traerla por un canal especial hasta el centro del istmo, hasta Ismailia. Se hizo pues el canal de agua dulce, que ofrece hoy la curiosa particularidad de que forma como un ramal del Nilo, yendo exactamente en sentido contrario de la corriente del río. Gracias á esa presa de agua, la ciudad de Suez, que antes se abastecía de agua dulce por los trenes del ferro-carril, tiene hoy á sus puertas un río. Ese canal de agua dulce de 195 kilómetros de largo, ha sido vendido al gobierno egipcio.

Como todas las demás nuevas ciudades del istmo, Ismailia tiene su aldea árabe, barrio bien distinto de la ciudad situada á la izquierda, y que en suma no es otra cosa que un campamento.

Un tanto nómadas, como todos los árabes, los habitantes de la aldea de Ismailia han pensado que aunque propietarios de un domicilio reconocido legalmente, no por esto deben echar raíces, y así es que han hecho ese domicilio tan portátil como la tienda de los pueblos pastores del Sahara. Su casita de tablas ó de esteras, es toda de una pieza.

Cuando por necesidad ó por capricho quieren cambiar de lugar, se reúnen seis ú ocho, levantan cada uno por una punta su choza y la llevan adonde quieren, lanzando por todo el camino un ¡ah! ¡ah! continuo y sonoro. Las mujeres siguen con los chicos y el ajuar, y acompañando con el mismo grito á los hombres.

En una de esas mudanzas he visto á una joven fellah cuyos hermosos ojos negros brillaban, gracias al uso del *kohoul*, con «un brillo luminoso parecido al de un manantial de agua viva en medio de las arenas,» según dice el poeta.

¿Por qué los perfumistas en boga no piden á Oriente esa composición de sulfuro de antimonio que sus émulos del Sudán encierran en *mekhratel* frasquitos de piel de carnero, vaciados en un molde de barro y trabajados con tanta finura?

Todos los médicos árabes recomiendan el uso del *kohoul* y Mahoma le prescribe como un presente de Dios.

Otra prescripción de todos los doctores del mundo es la de las abluciones. Los árabes tienen sus baños moros, y nosotros tenemos baños de toda clase, baños de río, baños minerales y baños de mar.

Ismailia, que tiene á sus puertas el Mediterráneo, no podía menos de crear un establecimiento de baños de mar. Así lo ha hecho, y al verle tan bonito y bien instalado, creeria uno estar en Trouville ó en Dieppe. Nada falta allí, ni los bañeros, ni el pudor. Hay trajes de baño y un reglamento severo que indica las horas del baño, las de la mañana para las señoras, las de la tarde para los hombres.

Un monumento que rivaliza en ligereza y elegancia con el establecimiento de baños, es la estación del ferro-carril, que de Ismailia va á Suez con un ramal sobre

Zagazig. En torno del edificio principal venia una galería. La vía está libre delante de la estación. Los fellahs naranjeros y los borricos están ya familiarizados con la locomotora, y á veces se les ve plantados en medio de la línea. Y esta libertad no perjudica á nadie.

Verdad es que el árabe tiene horror á todo lo que es reglamento. Una vez que se ha trazado su tarea, la ejecuta con puntualidad é inteligencia. Si para esto tiene que arrostrar algun peligro no vacilará, tratará de evitarle con astucia ó maña; pero si se necesita osadía obrará sin miedo, que sea por magia ó por fatalismo, no teme la muerte y á veces la desafía con sin igual temeridad.

De esto tuve un ejemplo en una excursion que hice á las Pirámides en compañía de la familia de Lesseps.

El virey le habia enviado aquella mañana al Cairo un magnífico *break* de doce puestos con seis caballos de posta y un palafrenero. Todo ello era magnífico. Se habia echado el aire de la vispera y la atmósfera estaba pura de esa arenilla que penetra en los ojos, en los oídos y hasta en la caja del reloj. El cielo tenia ese azul trasparente propio del Egipto en una mañana de primavera. La naturaleza ofrecia un aspecto tan risueño y de tan suave armonía, que yo no podia menos de pensar en el furor de esos pintores llamados *orientales*, para reproducir eternamente tan bello pais con incandescentes colores. Lo mismo que una joven bonita y elegante, Egipto tiene para cada estación nuevas galas. ¿Por qué despues de haberle pintado durante tanto tiempo con su rico y brillante traje de verano, con su vestido de oro, rubies y topacios, y su velo azul, no se le ha de pintar ahora con su fresco traje de abril, con su largo ropaje de plata y esmeraldas?

Pero hémos aquí lejos de Ismailia y de la estación del ferro-carril, donde la indiferencia de los árabes ante el peligro de plantarse en la vía, me habia conducido á contar la catástrofe de nuestra excursion á las Pirámides. Al salir de la estación bajamos hácia el puerto y atravesamos la plaza Champollion, en cuyo derredor forman un círculo las confortables casas de los empleados de la Compañía.

Este square Champollion es notable por su bello aspecto, y sobre todo cuando se piensa en las dificultades vencidas; pues sobre la ardiente arena del desierto han conseguido hacer brotar la verdura y la sombra. A la hora del reposo, á eso de las ocho, cuando los rayos purpúreos del sol, bañan las fachadas de las construcciones, es un sitio precioso para el paseo y que recuerda la patria á los desterrados de Ismailia. El orfeon ejecuta allí las principales piezas de las óperas mas en boga, y la melodía produce un efecto incomparable, armonizándose con la melancolía del desierto.

Pero á todo esto, me olvidé de mi excursion á las Pirámides; hablaré de ella en mi próximo artículo, por no alargar este en demasía.

R.

(Se continuará.)

### Tres dias en Nápoles.

(Continuacion.)

— Quince horas, dijo Lorenzo riendo.

— ¡Quince horas! yo he soñado cosas extravagantes... espera... espera... la niebla se disipa... empiezo á ver con claridad... ¡oh! ¡santo pudor!

Y se cubrió el rostro con las manos.

— ¡Criatura! dijo Lorenzo con un tono de afeccion amistosa: ¡no seas niño! no tomes el cuidado de avergonzarte así delante de mí.

— Lorenzo, estoy decidido; parto hoy mismo para Roma, y voy á arrojarme á los piés del Santo Padre.

— ¡Eh! y ¿qué crimen has cometido, inocente?

— ¡Patricio!...

— Has bebido champagne y lacrima-Christi, y ¡crees por esto tener que desesperar de tu salvacion!

— ¡He bebido el infierno! exclamó Patricio.

Y apretó fuertemente su pecho entre sus brazos.

— Amigo mio, dijo Lorenzo, hálame con franqueza: desde ayer estás trastornado. He pasado toda la noche frente á la puerta de tu habitación, para escuchar la voz de tus sueños y obtener una confidencia mientras dormías. ¿Qué sucede en tí de misterioso y de inexplicable desde ayer?

Patricio no sabia qué iba á responder cuando, un criado anunció desde la escalera que tenia que entregar una carta á sir Patricio de Dublin.

Lorenzo tomó la carta y la entregó á su amigo.

Patricio la abrió y leyó.

«Apreciable caballero:

» Espero que tendreis la bondad de aceptar un desayuno sin cumplimento y frugal en la villa Barbaya, en Pausilipa. Seremos tan pocos como gustéis. He hecho guardaros para esta noche en San Carlos, un asiento al lado del palco del rey. Se representa vuestra *Semíramis*.»

» MARÍA. »

— ¡Demonio! exclamó Patricio, restregando el billete en sus manos... toma, Lorenzo, y lee. ¿Es esto alguna tentacion del infierno?

Lorenzo tomó el billete y su cara se cubrió de una palidez mortal.

— ¿Este billete está dirigido á tí ó á mí? preguntó Lorenzo con una voz apagada por la emocion.

En vez de responderle, Patricio dió la cubierta del billete á sir Lorenzo.

— Sí, dijo el italiano, para tí es. *A sir Patricio O.... de Dublin*. La direccion es exactamente para tí... ¿Y cuentas acudir á esta cita... misteriosa, Patricio?

El irlandés con los brazos cruzados sobre su pecho, se paseaba agitado y parecia meditar alguna resolucion.

— Patricio, prosiguió Lorenzo, parece que la bella actriz ha descubierto tu nombre en la fonda de la Victoria... á lo menos yo así lo supongo: parece que se ha tomado interés.

Patricio no respondió. Lorenzo salió un instante de la habitacion, sin que lo notara su amigo, y dijo algunas palabras al oído de un criado que estaba en la escalera.

Vuelto á entrar tomó vivamente el brazo de Patricio, y le dijo:

— Amigo mio, ¿no sabes que estás llamado á la villa Barbaya? ¿Seré indiscreto preguntándote si me dejarás por ese almuerzo?

— ¡Pues bien! exclamó Patricio, pues que el infierno lo quiere, el infierno estará contento. ¡Sí, yo iré á la villa Barbaya!

— ¡Desgraciado! exclamó Lorenzo, ¿reniegas, pues, de tus deberes?

— Yo imploro la gracia en mi socorro y la gracia no viene.

— ¡Patricio, piensa en el vestido que llevas!

— El vestido que llevo es el tuyo, yo no mancho el vestido de San Pedro. ¿Qué motivo te induce á darme tan buenos consejos hoy, tú, tan libertino ayer?

— Patricio, tú no vas á comprenderme. Si yo hubiera recibido un convite de esa mujer sin ver figurar en él tu nombre al lado del mio, lo hubiera rehusado.

— ¡Es eso todo lo que te irrita, Lorenzo! ¿Eres sincero?

— Muy sincero.

— ¡Pues bien! este billete me autoriza á elegir mi compañía. Ven conmigo.

— ¿Quieres burlarte de mí?

— Te hablo seriamente: acompáñame á la villa Barbaya.

— No, mil veces no, yo me quedo aquí. No hay ni un recuerdo ni una línea para Lorenzo en ese billete.... La intencion de la que lo ha escrito, es evidente.... quiere estar sola contigo.

— Adios, Lorenzo: mi cabeza arde: falta la decision á mi alma; estoy sobre una horrorosa pendiente: el abismo trae á otro abismo: es necesario ir al fondo del precipicio.

— Adios, Patricio.

— ¿Dónde te veré, Lorenzo?

— En San Carlos esta noche.

— ¡En San Carlos!... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me abandonais? ¡Este fué el grito del hijo del hombre sobre el Calvario!... ¡Sí, Lorenzo, siento sobre mi frente el sello de la reprobacion! ¡En San Carlos!

Y dió un paso hácia la puerta para salir. Lorenzo en el colmo de la agitacion, corrió hácia él, y tomando sus dos manos y poniendo el rostro á dos dedos del suyo, le dijo con voz espantosa:

— ¿Patricio, tú amas á esa mujer?

El irlandés arrojó sobre Lorenzo una mirada melancólica, y dijo:

— ¡Adios! ¡adios!

Y salió de la pieza con una especie de precipitacion que se semejava á la locura.

Lorenzo se sentó y le siguió algun tiempo con la vista y una sonrisa en que se dejaba ver la malignidad. Luego llamó al criado, y le preguntó, si se habian ejecutado sus órdenes. Este respondió que todos los botes de la villa estaban ya bien lejos, que no quedaba ya en la bahía mas que un barquichuelo llano, sin remos y medio sumergido.

— Muy bien, dijo Lorenzo, voy á ver entrar bien pronto á mi Patricio á quien he hecho prisionero de guerra. ¡Bien pueden esperarlo en la villa Barbaya y á la noche en San Carlos!

Habria ya pasado una hora, y Lorenzo concibiendo alguna inquietud, se levantó para dar una mirada á la orilla del mar. Debajo de los árboles, por las alamedas, en la playa, todo estaba desierto y silencioso. Llamó varias veces á su amigo en alta voz.

La respuesta esperada no resonó en el aire. La ansiedad de Lorenzo aumentaba á cada momento.

— ¡Pero ese hombre es un demonio encarnado! decia á un interlocutor ausente, como se habla en el jardin del hospital de locos. ¡Ese hombre es un demonio!... ¿dónde diablo ha visto la *Semíramis*? ¿dónde se ha enamorado de esa mujer? ¿y qué camino ha tomado para ir á la villa de Pausilipa! ¡Es amado! ¡El es amado! ¡Amado de aquella mujer!... ¡y por un mal discurso sobre la *Semíramis*, que ha declamado ayer entre dos vasos de lacrima-Christi! ¡Oh! ¡mi posicion es intolerable! Es preciso salir de ella á cualquier precio.

El jardinero de la villa volvia de la pesca en aquel momento, y pasaba con las cuerdas á la espalda por delante de Lorenzo. A la primera pregunta que le hizo su señor se descubrió la verdad.

El jardinero habia visto correr á un joven sobre la orilla del mar, lanzando á su alrededor sus miradas, como para buscar un bote. Luego, aquel mismo joven, viendo un barco de pescador que surcaba con direccion á Nápoles y á poca distancia de la costa, se ha arrojado

atrevidamente al mar, y ha alcanzado en un momento al barco.

— ¡Pero ese angel de ayer es ya hoy algun demonio! exclamó Lorenzo.

Luego, dirigiéndose al jardinero, le dijo:

— Esta es la hora del regreso de la pesca: quédate ahí, no apartes tus ojos del mar, y no dejes de llamar con la bocina al primer barquichuelo que pase que pueda oírte. Hay cinco ducados para el patron: yo te espero en mi casa, y si me traes una barca, hay tambien para tí otros cinco ducados.

— Yo prometo á vuestra señoría un patron dentro de un cuarto de hora, dijo el jardinero haciendo una reverencia.

Y Lorenzo volvió á tomar el camino de la villa, repitiendo en alta voz su eterno monólogo.

— ¡Ese ángel es un demonio!

## V.

La villa Barbaya es un sitio delicioso; está suspendido al lado de Pausilipe como una blanca y fresca criatura al seno de su madre. Hay allí hermosos emparados, suaves abrigos, encantadoras lontananzas de mar y de montañas, bosques recogidos donde se oyen los murmullos llenos de gracia, de melodía, de deleite y amor.

Patricio se pasea por debajo de los árboles que coronan la villa, mucho antes de la hora convenida para la cita: lleva un vestido elegante de última moda, pues se ha vestido mundanamente de piés á cabeza en Nápoles antes de dirigirse allí, mas feliz que Leandro, que no encontraba sastres cuando llegaba á pié de la torre de Heró. Un criado le ha prometido avisarle cuando sea hora para la recepcion.

El jóven novicio irlandés se regocija de este retardo que emplea en preparar las preguntas y respuestas; pero á cada momento abre el precioso billete, y trata de descubrir bajo el velo de las expresiones el pensamiento verdadero y oculto de la mujer artista. ¡Qué admirable plan de vida se organiza en su fantasía! Sin duda esta villa encantadora pertenece á la célebre cantatriz: aquellos son los jardines suspendidos de *Semiramis*.

¡Oh! ¡cuán dulce debe ser la existencia entre el azul de aquel cielo y el azul del golfo! ¡Qué encanto ser el señor, el favorito ó el esclavo de aquella reina soberbia, y recibirla allí, palpante de las caricias de San Carlos, y decir á toda aquella multitud delirante y abrasada de inútiles deseos: sí, esa mujer!... Patricio no se atrevía á acabar su idea; pero si hubiera pasado algun testigo de su agitacion, hubiese visto que aquel jóven estaba dividido entre los mas opuestos sentimientos, la alegría y la desesperacion, el éxtasis y los remordimientos, la vergüenza y el orgullo.

A la hora anunciada, se presentó María como una estrella entre dos columnas de mármol de la villa. Llevaba como siempre un sencillo vestido blanco, virginalmente prendido á la raíz de un cuello puro y terso como el marfil. Sobre su hermosa cabeza descubierta, sus cabellos negros y brillantes como el azabache, se dividian suavemente y caian en rizados sobre sus espaldas. A la primera sonrisa que dejó caer de sus ojos puros y cristalinos, aquella creacion inmensa y sublime pareció salir del caos, y estremecerse de alegría como el Eden al nacimiento de Eva. ¡El mas bello paisaje sin la mujer, no es mas que un perfil de la nada!

Patricio la vió, y su mirada espiró de amor: aseguróse sobre sus piés, y marchó lentamente hácia la casa. En aquel momento decisivo todo cuanto tenia preparado escapó de su memoria, y no encontró sobre sus labios mas que frases oscuras y con dificultad pronunciadas. María, con aquella noble familiaridad de las grandes artistas, le tendió graciosamente la mano como á un antiguo amigo, y le dijo:

— Sois exacto como caballero inglés, mi querido señor Patricio: ¿venís solo?

— ¡Oh! ¡solo! dijo Patricio con una expresion de misterio que hizo sonreír á la hermosa dama.

— Es que vuestro amigo hubiera estado de mas esta mañana.

— He dejado á mi amigo en la villa Sorrentina.

— ¡Muy bien, sir Patricio! ¿Vuestra indisposicion de ayer no ha tenido consecuencias?

— ¡No ha tenido consecuencias! respondió Patricio como en eco.

— Permitid que os introduzca y os presente á mi querido *empresario*.

Patricio no comprendió el fin de esta frase. En aquel momento todas las campanas de Nápoles tocaron el *Angelus*, y esta armonía aérea y religiosa hizo estremecer al jóven cristiano como si su madre la Iglesia le hubiera dado una queja y un consejo por medio de aquellas voces. Cayeron de sus ojos algunas lágrimas de remordimiento; pero fueron bien pronto devoradas por la llama de la pasion que ardia en su rostro, y cambiadas en una sonrisa por el sonido de una trompa que tocaba un aria de la *Dama del Lago*.

Atraído por el gesto de una mujer, como el hierro por el iman, Patricio se encontró sin pensarlo en un salon encantador pintado al fresco y todo lleno de imágenes paganas.

Patricio se inclinó ante un extranjero que supuso ser el padre de María, lo que dió de repente á su posicion un carácter moral, del que se estimó feliz de aplaudirse.

No habia mas que tres cubiertos; sentáronse á la

mesa, y Patricio, fingiendo volverse para mirar una Dama con su lluvia de oro pintada en la parra, disimuló un *benedicite* y dos rápidos signos de cruz...

— ¡Cobarde desertor! se dijo á sí mismo en una reflexion mental, y bajo los pliegues de la servilleta que desenvolvía, se dió tres golpes de pecho.

En el primer servicio pareció excusar su silencio por su apetito. La conversacion por otra parte no era temible para él. Hablábase de los ingresos de San Carlos, de la próxima *gala*, de una agudeza del principe de Siracusa, de la huida de una corista que se habia marchado con un contrabajo, de la llegada de un jóven pintor decorador que debia eclipsar á San Quirino, en fin, de un sinnúmero de aquellas pequeneces que ocupan la conversacion de los artistas y directores.

Patricio iba insensiblemente volviendo á adquirir su tranquilidad; pero en medio de todas aquellas conversaciones sin consistencia y sin objeto, dejó María caer una frase que volvió al irlandés su alarmante turbacion. Esta frase fué pronunciada con lentitud y con un tono tan afectado, que Patricio no pudo menos de crearle una segunda intencion.

— Yo, habia dicho la jóven actriz, aprecio mucho mi libertad; y si la pierdo, ha de ser casándome con un gran artista. Hasta ahora he rehusado príncipes y grandes potentados, como algunos saben.

Patricio fué sobre todo trastornado por la mirada con que acompañó aquellas palabras.

A los postres, el *empresario*, que era mas que nunca para Patricio el padre de María, tomó un aire solemne, y mirando fijamente al jóven irlandés, le dijo:

— Sir Patricio, vais á saber ahora cuál ha sido nuestra intencion, rogándoos que viniérais solo á este almuerzo.

Hé aquí que va á llegar la proposicion de casamiento, pensó el irlandés, y pasó veinte veces en un minuto del infierno al paraíso. El empresario continuó:

— Yo espero que vos me respondereis francamente, sir Patricio. (Patricio hizo un signo afirmativo.) Ayer tarde, la señora, nuestra divina *prima donna*, volvió de la villa Sorrentina encantada de vuestro mérito, y el mismo maestro Rossini ejecutaba con madama, sobre vos, un verdadero duo de elogios, hasta tal punto, que he exigido á Rossini que hablara con seriedad. ¡Es un milagro! Se dijo que habiais hablado de la música como artista, pero como artista superior, y que solo habia en Irlanda un hombre de aquel conocimiento músico, el célebre tenor Patricio, que hizo su *debut* en *Royal-Theatre* de Dublin en 183... así como me lo anunció á su tiempo mi corresponsal. Yo he sabido despues que el célebre tenor ha venido á perfeccionarse de incógnito á Milan y á Bolonia, y que ha cantado en casa de madama Valabregue con madama DuVivier, soprano y contralto, un duo de *Armida*, que ha arrancado entusiasmados aplausos. El caballero Sampierrí, que es el primer acompañante de la Toscana, me ha confirmado todo esto. Sir Patricio, nos falta un tenor en San Carlos para nuestra temporada. Tenemos uno que por desgracia es un tenor *sfogato*, y esto no nos sirve. En la *Semiramis* podemos en rigor pasar sin un primer tenor: en esta ópera Rossini no ha escrito mas que el bajo, el contralto y el soprano; el tenor es accesorio. Pero si queremos poner en escena, el *Otelo* por ejemplo, que siempre hace *furor*, no tenemos tenor que lo ejecute. ¿Comprendeis mi posicion, señor Patricio?

El irlandés escuchaba aquel discurso tan extraño para él, mas bien con los ojos que con los oídos: miraba al *empresario* con aire despavorido, que podia pasar por la expresion del vivo interés que le inspiraba aquel preámbulo. El empresario augurando bien de la atencion muda de su convidado, continuó así:

— La temporada se anuncia bien en San Carlos. Tenemos ciento cuarenta familias inglesas en Nápoles, once príncipes rusos con su comitiva, y gran número de ricos españoles. No es el público lo que nos falta, sino un tenor. Tambien yo estoy dispuesto á hacer todos los sacrificios posibles para tener un tenor *absoluto* como vos, señor, (Patricio dió un salto); sí, como vos, caballero; el incógnito es ya desde ahora imposible, y yo os ofrezco 40,000 reales y una representacion á vuestro beneficio que valdrá muy bien otro tanto.

No hay en todos los muros de Italia una cabeza que pueda dar idea del sentimiento indefinible que contrastaba el rostro de Patricio. Sus facciones parecían haber variado de sitio: miraba al empresario con el aspecto de un hombre que despertado de repente de un profundo sueño, se viere obligado á responder á una pregunta desconocida.

El empresario, habituado á ver á su alrededor las caras mas extravagantes de la tierra, creyó por el silencio de Patricio, que sus proposiciones no habian parecido bastante ventajosas, y ofrecia 40,000 reales mas.

— ¡Eso es justamente lo que yo gano! dijo la *prima donna*; sir Patricio no debe vacilar.

— Vos no debeis vacilar, dijo á su vez el empresario.

— ¡Este *Erinn!* ¡este *Erinn!* ¡ese maldito buque que se vió obligado á volver al puerto! exclamó Patricio, y ocultó su rostro con sus manos.

Despues de una pausa, añadió:

— ¡Fatalidad, fatalidad! ¡La condenacion de un hombre está sujeta á una ráfaga de viento!

Pero esta vez fué el empresario el que abrió unos ojos desmesurados. La *prima donna*, con los codos apoyados sobre la mesa y las manos juntas, habia vuelto á tomar su posicion del dia anterior, y miraba á Patricio con una actitud mezclada de espanto.

Patricio cogió al vuelo un momento lúcido de buena inspiracion y dijo al *empresario*:

— Caballero, me habeis pillado de sorpresa; no puedo responderos en este momento. Dadme un dia para pensar.

— Disimuladme, sir Patricio, la indiscrecion que he cometido descubriendo vuestro incógnito: espero que no atribuireis este proceder mas que al deseo de dar á conocer vuestro talento sobre el primer teatro del mundo, y á la necesidad urgente del servicio lírico en que me encuentro en este momento: excusareis á un verdadero *empresario in angustie*.

(Se continuará.)

## Minas de Silesia.

(SCHARLEI.)

La alta Silesia es hoy el centro de un movimiento industrial considerable. Es un cuadrilátero de 100 kilómetros de lado, de Hotel á Mirlowitz, de Tarnowitz á Otkau hay ferro-carriles paralelos ó cruzados que cubren el suelo para el servicio de las minas de hulla, de hierro, de zinc y de plomo argentífero.

El distrito de Beuthen, centro de los trabajos metalúrgicos de la alta Silesia es tan rico como interesante, como lo probará la siguiente descripcion de Scharlei, la mas célebre y antigua de las minas de zinc silesianas.

Su laboreo se efectúa en gran parte á cielo descubierta; Scharlei es como un gran circo con graderías gigantescas sobre las cuales se mueve un mundo de obreros y de obreras que llevan en las carretas el mineral para trasladarle á unos wagoncillos que corren sobre rails y entran bajo un túnel que les conduce á una máquina elevatoria.

El aspecto general de la excavacion es de un color amarillento. La capa de mineral aparece oblicua al suelo sobre un grueso de unos 14 metros; la parte á descubierta baja hoy á mas de 90 metros y hay galerías subterráneas que conducen tambien á los pozos de extraccion. A medida que se baja la proporcion de mineral de plomo mezclado á la calamina se aumenta, lo que ha exigido diferentes perfeccionamientos para su separacion.

Para que el agua no incomode á los viajeros en esa inmensa zanja ni debajo de las galerías cubiertas, han instalado máquinas gigantescas que la extraen á razon de 25 metros cúbicos por minuto. Esta agua que siempre estorba, es aquí de un poderoso auxilio, pues sirve para un lavadero.

Nada mejor instalado que este lavadero: hácia sus talleres se dirigen planos inclinados sobre armazon calada y por ellos ruedan los wagoncillos cargados de minerales que se han sacado mecánicamente del pozo de extraccion y que contiene el mineral que debe escogerse y lavarse. Sobre otros planos inclinados corren como un arroyo las aguas de la mina.

Los wagoncillos que contienen el mineral llegan al punto mas alto del lavadero sobre rails, y entran en un cajon donde se vacian sobre un aparato divisor que separa los trozos en tres clases. Los gruesos pasan á una mesa oblicua donde se examinan por unas muchachas que apartan los que contienen plomo; y estos últimos, así como los pedazos demasiado gruesos para pasar á los aparatos de lavado y que contienen en el estado aparente el metal extraño á la calamina, van á una máquina especial y se escogen luego.

Los demás pedazos que caen del primer aparato divisor, van á una ancha corriente de agua en grandes tambores de hierro con agujeros de un diámetro diferente, y allí se clasifican, segun su grueso, en distintas calidades.

Es muy importante separar las fracciones de plomo contenidas en las arenas, y uno de los mejores instrumentos que hay para esto, es la caja alemana, que ahora se emplea en diversas industrias, y que se compone de cajas abiertas por arriba que se llenan de mineral y que reciben por encima una fuerte inyeccion de agua que atraviesa el fondo lleno de agujerillos.

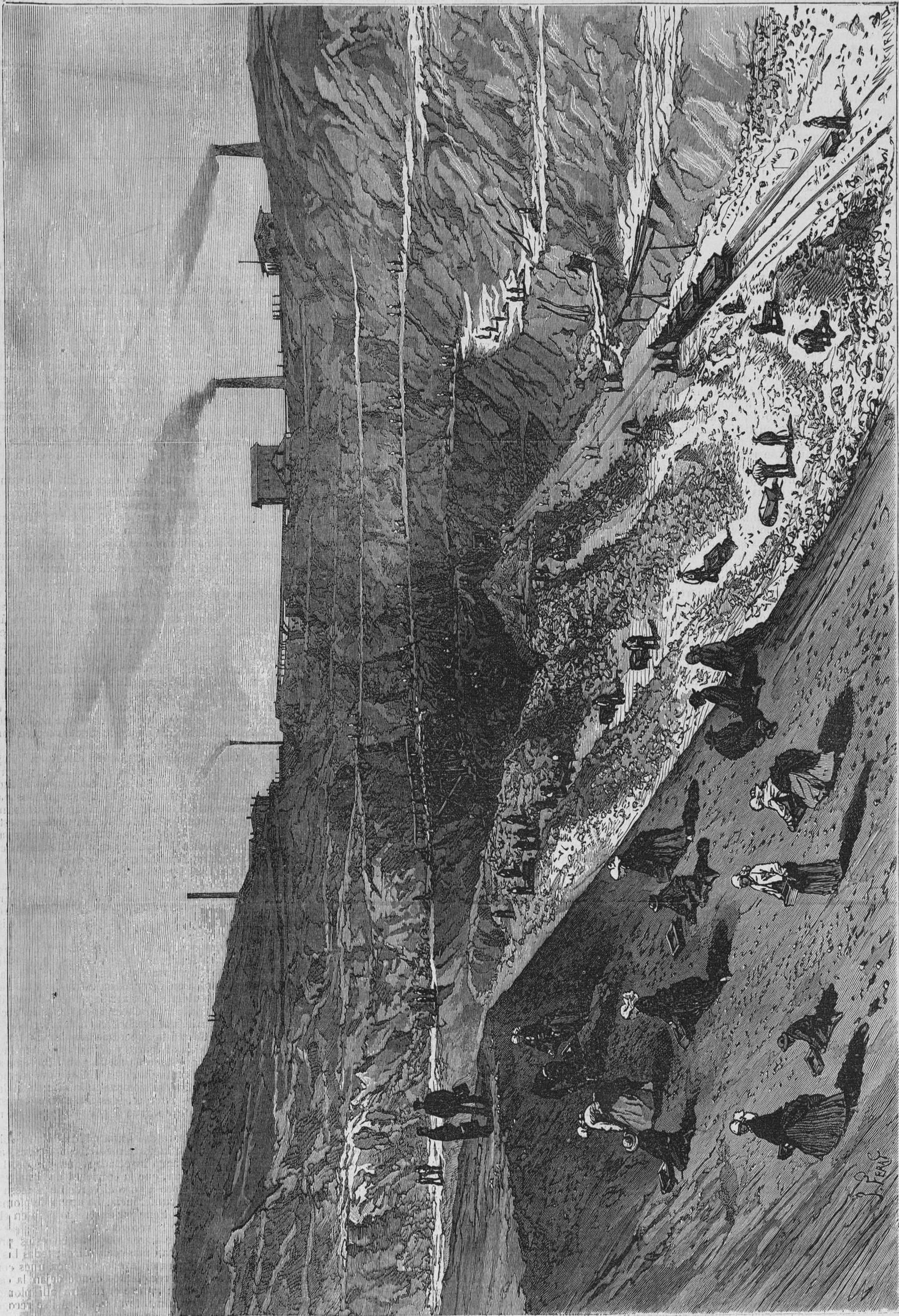
Esta agua lleva á la superficie las impurezas leves, atrae la calamina al centro y deja en el fondo la arena de plomo casi al estado de metal puro. Diversos aparatos separadores continúan esta division del plomo y de la calamina, basándose siempre en la diferencia de densidad de los dos cuerpos, desigualmente arrastrados por una corriente de agua ó por planos mas ó menos inclinados.

Uno de estos aparatos es una mesa que gira sobre su centro y recibe en la parte mediana las arenas, así como una lluvia de agua inyectada regularmente. La lluvia lava la calamina, que la corriente de agua y la rotacion arrastran poco á poco al borde de la mesa y que se recoge en la circunferencia. La arena de plomo, por el contrario, se mantiene por su propio peso en el centro del disco donde la recogen.

Continuamente se hacen mejoras en estos procedimientos para que sean mas económicos; todas las aguas que han servido para el lavado van por unos conductos á una serie de recipientes donde dejan la calamina que arrastraron; aun se encuentra allí plomo que el peso lleva naturalmente al fondo. Así se recogen las menores fracciones de mineral y el plomo se trata aparte.

El dibujo que damos figura exactamente el gran establecimiento de Scharlei,

P. P.



Minas de Silesia. — El establecimiento de Scharlei.

**Francia pintoresca.**

LAS LANDAS.

En una de las extremidades de la Francia hay un país excepcional tan singular por su aspecto como por las costumbres de las poblaciones que le habitan, país mas desconocido para la gran mayoría de los franceses que las crestas de los Apeninos ó los desiertos de la Tebaida: son las Landas. La indiferencia de que es objeto esta comarca proviene sin duda de que no está lejos, sobre todo desde el establecimiento del ferro-carril; á mayor distancia habria fijado la atención de los viajeros. Y esto consiste en que todo viajero aspira á



Francia pintoresca. — Aspecto de las Landas y trajes de los pastores.

mas largas caminatas, si quiera sea para poder contar alguna historia fabulosa, algun prodigio de difícil comprobacion, lo que no sucede cuando se trata de un país cercano.

Y sin embargo, las Landas han dado margen á mas de una fábula; podriamos citar algunas, bastante ridiculas por cierto; pero preferimos á las relaciones erróneas que tanto abundan, una descripción sincera y fiel que creemos agrada á nuestros lectores.

El país á que nos referimos es esa inmensa llanura que se extiende desde las playas del Océano hasta las orillas del Adour y del Garona, y ha dado su nombre al departamento del que forma la mayor parte.

Designase con el nombre

genérico de *Landas*; pues comprende tres grandes fracciones, las *Petites* y las *Grandes Landes* y el *Maransin* que, no obstante algunas diferencias en las costumbres y el aspecto, forman un todo homogéneo.

En la orilla opuesta del Adour y en el mismo departamento, hay hermosas y feraces llanuras cortadas por largas cordilleras de colinas ramificadas por los Pirineos: es la *Chalosse*.

Aunque se vean campos y prados aquí y acullá y algunas casas silenciosas y aisladas á la sombra de añosas encinas, las landas y los pinos dominan de tal modo el aspecto general del país, que llaman desde luego la atención del viajero: ocupémonos, pues, ante todo de las landas.

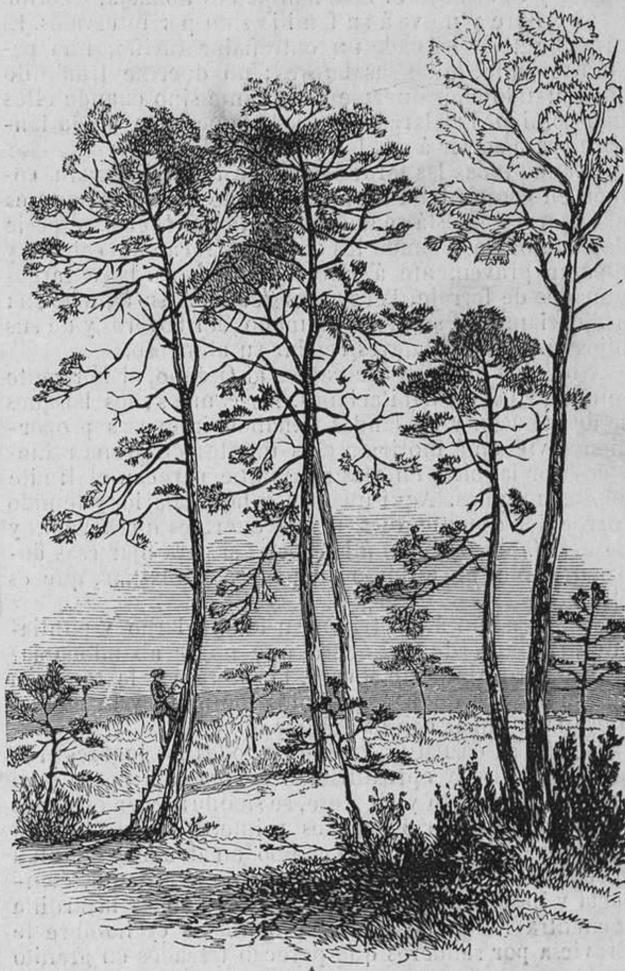
Esas vastas soledades, que dieron su nombre á la comarca, esas anchas llanuras alfombradas de brezos con flores rosadas, de tallo seco y leñoso, producen siempre en el que las ve por primera vez una honda impresion de tristeza. Es la naturaleza en toda su grandeza y majestad, grandeza desnuda, majestad pelada, cuya influencia no se impone nunca sin alguna repugnancia en la mente del hombre acostumbrado á las emociones de la vida activa. Pero en cambio, aquel que por naturaleza es reflexivo, al contemplar esa inmensa extension, siente que su espíritu se eleva, que su alma se recoge, y no tarda en comprender todo lo que tiene de grande y poético el espectáculo de esos vastos espacios, apenas limitados por algunos pinares donde el sol derrama sin obstáculo sus rayos.

De la soledad nace el silencio. Raro es que allí se oiga otra cosa que el grito penetrante de una columna de grullas que vuelan á la conquista de un clima mas benigno, ó los cencerros del ganado que muchas veces no se distingue. El pastor apoyado en su garrote mira al transeunte con curiosidad sin dejar por eso de hacer media con la lana que él mismo ha hilado.

El que atraviesa los brezos de Labouheyre ó de Comensac, ve á esos pastores que personifican el país, sobre unos altos *zancos*. Mucho se ha exagerado esta costumbre: segun la opinion generalmente difundida, el landés gasta zancos como botas el parisiense, pasa



Las Landas. — El árbol de San Vicente de Paul.



Explotacion del pino para la fabricacion de la resina.



Las Landas. — Fábrica de resina y de esencia de trementina.

su vida sobre los zancos, en suma, un landés sin zancos es un ser incompleto. Todo esto, repetimos, es erróneo.

Apenas tres localidades situadas en medio de las Grandes Landas, lejos de toda comunicacion de las carreteras que siguen comunmente los viajeros, conservan desde tiempo inmemorial el uso de ese género de locomocion.

Con éstos zancos que tienen de ocho á diez piés, los landeses desafian el trote del caballo y durante largo tiempo reemplazaron con ventaja á los correos. Pero el uso de los zancos está hoy exclusivamente reservado al pastor de esas comarcas, para quien es indispensable, por la altura de los brezos, por los pantanos, por el crecido número de cabezas que tiene á su cuidado y por la necesidad de defenderse de los lobos.

El pastor landés es medio nómada: regularmente anda errante con su ganado, se instala cada noche en una de las chozas llamadas *parcs*, que abundan en la Landa, y no entra en su casa, al menos en el estío, mas que para renovar periódicamente las provisiones. Los ganados de esas comarcas, mas notables por el número que por la calidad de los animales, suministran sin embargo, al comercio una carne estimada y una lana nada despreciable.

Hospitalario y oficioso el pastor landés, á pesar de sus costumbres sobrias y forzosamente silenciosas, es de un humor bastante alegre y suele matar los ojos del aislamiento con rondas que á veces improvisa, y que no carecen de gracia rústica y originalidad.

Hay un sér que tiene los instintos y costumbres del pastor y es el boyero. Este tambien es nómada, duerme al aire libre y no ve á su familia sino por intervalos. El aislamiento le ha dado un entrañable cariño, una pasión violenta, la de sus bueyes; no duerme tranquilo sino cuando ellos duermen, no come sino cuando ellos han comido. Las largas estaciones que hace en la landa es para servir á sus bueyes.

Cuando todas las tardes se reúne la familia para comer en comun falta siempre un solo miembro, que es el boyero, que está sentado delante del *bayalé*, especie de ventanas por donde los animales sacan la cabeza y esperan gravemente á que acerque á su boca largos puñados de forraje. Pero estos servicios se agradecen; ordinariamente solo de la mano del boyero y de sus hijos quieren los bueyes recibir su alimento.

A medida que nos acercamos al Océano, el horizonte se ensancha, las habitaciones, los campos, los bosques se desvanecen y las landas tomando inmensas proporciones vienen á morir en esos montes de arena removidos por las olas, en esas *dunas* que parecen el límite de dos mundos. Aquí un mar inhospitalario y temido corre lentamente esas masas enormes que formó, y llevaria la destruccion á las costas si para fijar esas dunas movibles no hubiese un poderoso auxiliar, que es el pino.

El pino es un árbol triste; su follaje largo y puntiagudo de un verde casi negro que no le abandona jamás, le da un aspecto severo. Los antiguos le tomaron por emblema de pensamientos sombríos y le ponian sobre las tumbas con el sáuce y el ciprés.

El pino se da naturalmente en todos los lugares protegidos contra la aproximacion del ganado; pero para que sea mas recto y vigoroso, se siembra, y en este caso adquiere mejor forma. En los primeros tiempos el espacio sembrado parece un campo en donde despuntan los cereales; y despues se eleva una masa densa, compacta y hasta impenetrable á la luz. Apenas la ardilla encuentra modo de instalar su nido y el hombre le atraviesa por senderos que parecen trazados en granito verde.

Pero á medida que crece, las hileras se hacen menos densas, la hacha da á los vástagos conservados el espacio que reclama su desarrollo, y cuando llegan á toda su altura se quedan separados por la distancia de un metro. Entonces los troncos, derechos como los del álamo de Italia, se despojan enteramente de sus ramas, excepto la copa que conserva una diadema verde impecable. Cuando hace mucho viento, todas esas copas que se tocan, formando como un mar de verdura, se columpian lentamente con un murmullo prolongado que parece el mugido de las olas á la aproximacion de la tormenta. Pero en los momentos de calma, cuando la cigarra con su canto chillon saluda al sol, cuya caliente luz inunda el pinar, se cree ver una techumbre inmensa sostenida por innumerables columnas de templos y palacios ruinosos; y si en el mismo instante desembocan en el llano jinetes envueltos en sus capas de lana blanca, de capuchon puntiagudo como el albornoz de los árabes, nos trasportamos por el pensamiento á los países de Oriente, á aquellos lugares donde en otros tiempos se elevó la ciudad del sol, Palmira la de las mil columnas.

Las Landas deben al cultivo del pino una de sus ventajas mas considerables.

La primera poda produce las delgadas estacas que sirven para sostener las cepas de viña; luego sacan tablas para las techumbres, y por último, vigas. Con este último producto se hace un gran comercio.

Pero el producto principal del pino es la sustancia resinosa que suministra, renta constante, casi segura, y que apenas pueden contrariar los vientos del Este.

En el próximo artículo hablaremos de las distintas operaciones á que da lugar la extraccion y fabricacion de la resina.

## Un matrimonio de la mano izquierda.

(Continuacion.)

Algunos dias despues estaba la duquesa sentada en una poltrona; Constanza y Emilio Mansfield, en pié delante de ella, ni se atrevian á mirarse, ni á arrostrar sus miradas, bajaban la cabeza y solo tartamudeando respondian á sus preguntas.

— ¿Qué ha habido entre vosotros, hijos míos? decia la duquesa. ¿Tú, Constanza, rehusas el esposo que te destinaba y prefieres consagrar toda tu vida al servicio de una vieja como yo? Y tú, Emilio de Mansfield, temes no ser digno de Constanza, no estás seguro de agradarle, y sentirias en el alma deber únicamente á mi proteccion... Ciertamente no alcanzo á comprender este misterio.

— Señora, venerada protectora mia, repuso Emilio, dignaos perdonarme: pero yo creo secundar los secretos deseos de la señorita de Waldegrave, y obrar cual cumple á mi decoro, devolviéndole en vuestra presencia la palabra que me ha dado y que no quiero guardar ya.

A medida que hablaba de esta suerte, su voz iba adquiriendo firmeza y el orgullo lastimado le hacia salir colores al rostro.

— La recobro y os doy las gracias, murmuró Constanza sin levantar los ojos.

La duquesa, atónita, con la mano hizo señal al jóven que se retirara, y retuvo á su lado á la favorita.

— Hija mia, le dije, se trata aquí de una riña de amantes, ¿acaso con tus coquetterias has llenado de despecho al pobre Emilio? ¿no le amas ya?

A esta pregunta Constanza meneó ligeramente la cabeza.

— ¿Estás bien segura de que no le amas ya? continuó la duquesa; ¿en este caso pues, amarás á otro?... Cuenta, hija mia, añadió con una mirada significativa, que la eleccion que habia hecho para tí era proporcionada. Teme hacer otra que no lo sea... Vamos, no llores, no deseo afligirte. Voy á darte buenas noticias que podrás divulgar á toda la córte, bien que no es ya un secreto. Las negociaciones que habiamos entablado para el casamiento de mi hijo, han tenido feliz éxito... No sospechaste que se trataba de esto. Todo está concluido; dentro de algunos dias el duque tomará por esposa la princesa Leopoldina de...

Si Constanza no hubiese recibido de la naturaleza un alma de un temple privilegiado, su turbacion en aquel instante la hubiera descubierto. Aunque aquella revelacion inesperada fuese para ella un golpe terrible, tuvo bastante fuerza para guardar serenidad y encubrir bajo una pensosa sonrisa las angustias que destrozaban su pecho. Mas cuando se hubo retirado á su aposento, cuando estuvo sola por fin, entonces dió libre curso á su dolor, y prorumpió en sollozos convulsivos, en sordos gemidos, llanto é imprecaciones. ¡Cómo la habia engañado!... ¡Con cuánta cautela habia procurado ocultarle el proceho de aquel enlace!... ¡Qué! ¡y era posible que otra reinase sobre aquel corazon de que ella se habia enseñoreado, sobre aquel ducado que mirara como su patrimonio!... que otra ostentase el título y rango de esposa legítima, mientras que ella se veria reducida á ocultar su afrenta y su humillacion!...

A esta idea, no podia la desventurada Constanza moderar el exceso de su desesperacion, y brotaron de sus ojos torrentes de lágrimas. Pero poco á poco recobró su imperio sobre sí misma y consideró con mas calma su posicion. Calculó los recursos y probabilidades favorables con que contaba todavia, y quedó abismada en una meditacion profunda. Por fin levantó la cabeza, procuró borrar las señales que en su rostro dejara el llanto y principió la importante tarea de su tocador.

— Sí, ¡cuán insensata era en no haberlo previsto! decia para sí; tarde ó temprano esto debia suceder. Y al cabo mas vale que se verifique ahora este enlace, porque cuanto mas se difiriese, menos segura estaria de mi influencia.

Al abandonarse á estas reflexiones, echó una ojeada al espejo que reflejaba las gracias de su persona, y la conviccion de su hermosura llamó la sonrisa á sus labios. Confió todas sus esperanzas á su vieja nodriza, y despues de haberle trazado el plan de conducta que debia seguir á fin de secundarla en la ejecucion de sus designios, se dirigió al cuarto de la duquesa.

Desde el momento en que apareció se fijaron en ella todas las miradas. Observaban con maligna curiosidad todos sus gestos, ademanes y la expresion de su fisonomía; pero su aire tranquilo y la serenidad de su semblante y miradas desconcertaron las conjeturas de sus enemigos. Hasta la duquesa se tranquilizó al verla, y le indicó las sospechas que tambien ella no habia podido menos de concebir. El proyectado enlace era el asunto de la conversacion general.

Constanza tomó parte en ella alegremente y dirigió á su protectora las mas afectuosas felicitaciones. En todo aquel dia desempeñó con maestría su papel, ni un solo instante le faltó su presencia de ánimo, y como en toda la velada no se presentó el duque Alberto, á lo menos se libró su esposa de la difícil prueba de su presencia.

La noche siguiente estaba designada para una de sus secretas entrevistas, pues desde su casamiento no se

reunian sino muy de tarde en tarde. Una mirada de inteligencia al pasar, una sonrisa, una palabra dicha al oido, un furtivo apretón de mano, eran los únicos desahogos que la prudencia permitia á su amor. Ese misterio, esos obstáculos, esos encuentros tan raros y cortos añadian sumo atractivo á todos sus goces. Lejos de agotarse ó debilitarse en la saciedad, la pasión del jóven duque se acrecentaba mas y mas cada dia. Dábale celos la admiracion que mostraban á Constanza, celos las atenciones que le prodigaban en su presencia; y ella, convencida de su poder, sabia emplearlo con hábil discrecion.

Largo rato hacia que Constanza se habia retirado á su aposento, y todo el palacio reposaba en una profunda calma. Sentada en un sofá con la cabellera flotante sobre sus hermosas espaldas, estaba aguardando á su marido en un gracioso traje en que se descubria prolijo esmero.

Este llegó por fin. ¡Con qué emocion se acercó á Constanza! ¡con qué temor le preguntó con sus miradas! ¡cómo se adelantó á sus reproches! Los ojos de Constanza no evitaron las miradas del duque, abandonóle sus manos que él cubrió de besos. No obstante, estaba pálida y sufria; veíase brillar todavia una lágrima en el borde de sus párpados, pero lejos de acusarle, pareció que se olvidaba de sí misma para reconocer la necesidad de aquel enlace. ¿No debia reputarse por muy dichosa, añadia, toda vez que le juraba ser siempre el mismo para ella, guardarle eternamente su confianza y su amor? ¿Qué faltaba pues, para su felicidad?

Cuando el duque se hubo separado de ella, conoció que la amaba mas que nunca. ¡Aquella tristeza muda, aquella ternura confiada, aquella abnegacion de sí misma, aquella sumision á su voluntad, ofrecian tan feliz contraste con los arrebatos y las sentidas quejas que estaba aguardando de ella!

Llegó por fin el dia en que debia hacer su entrada en los dominios del duque Alberto la princesa Leopoldina. Sucedia esto en uno de los mas hermosos dias de la primavera. Viéronse aparecer á lo lejos algunas literas escoltadas de un lucido séquito de caballeros y pajes. Constanza de Waldegrave habia sido tambien designada para formar parte de la comitiva de la princesa; en vano hubiera intentado eximirse de esta distincion; á mas de que entraba en su plan el figurar en todas las ceremonias y no alegar por lo mismo excusa alguna. Salió de la ciudad el duque Alberto, seguido de los señores de su córte y de gran número de damas vestidas de amazonas, é iba siguiendo su camino, sin dirigir la palabra á nadie, cuando al ver que el caballo de Constanza se separaba del camino, dió un grito de alarma. Este grito y la mirada que lo acompañó no fueron perdidos para aquella que los motivara, infundiéndole nuevo valor y le sugirieron la consoladora idea de que ni aun en aquel momento solemne se olvidaba de ella el duque.

¡Cómo latía, sin embargo, su corazon, cuando se encontraron las dos cabalgatas! Echó el duque pié á tierra y se adelantó al encuentro de la princesa, que por su parte se habia apeado tambien de su litera. Dobló la rodilla al llegar á su presencia, y apretando contra sus labios la mano que ella le alargaba, le aseguró la viva satisfaccion que experimentaba de verla por fin en su ducado. La princesa tartamudeó algunas palabras; y su emocion, su tímido embarazo la hicieron un objeto de interés para los espectadores mas indiferentes, y hasta para el mismo duque Alberto.

Constanza la descubrió por fin al través de la multitud que la rodeaba; vió un jóven de su edad, de un talle elegante, labios encarnados, rica cabellera rubia y grandes ojos azules que respiraban una gracia angelical. Añadió á estas circunstancias un aire noble, una fisonomía animada y espiritual y una gracia encantadora difundida en toda su persona. ¡Tan distinguida por su clase, tan seductora por su belleza! Constanza de Waldegrave odiaba á su rival antes de conocerla; despues de haberla visto, la temió.

El duque presentó á la princesa las damas de su córte. Constanza se adelantó la última, con semblante descolorido y ojos bajos. Su juventud, su belleza, su aparente modestia produjeron su acostumbrado efecto en todos los circunstantes. El duque apretó suavemente la mano de Constanza que temblaba en la suya.

— La señorita de Waldegrave, dijo, es una huérfana de esclarecido nacimiento, que ha tomado bajo su proteccion la duquesa mi madre; y la recomiendo á la especial benevolencia de Vuestra Alteza.

Constanza al doblar la rodilla ante su soberana, sintió avasallado su pecho por la vergüenza y el arrepentimiento; no menos se despreciaba á sí misma que á su real amante.

— La señorita de Waldegrave no necesita para mí de ninguna recomendacion, dijo la princesa Leopoldina atrayéndola hácia sí. Basta verla para desear vivamente con arla en el número de sus amigas, y confío que no me negará esta satisfaccion, añadió con encantadora sonrisa.

Levantó Constanza los ojos y encontróse con los de Emilio de Mansfield que la miraba con frio desden.

Aquellos primeros instantes fueron de turbacion y congoja para Constanza, pero aun le estaban reservadas pruebas mucho mas crueles. Mientras se ponía otra vez en marcha la comitiva, observaba la expresion de la fisonomía, espía todos los movimientos del duque Alberto. Este sonreía á la extranjería, le hablaba con calor, encontrábala tal vez hermosa; ¡ah! de la admiracion al amor no hay mas que un paso.

¡Desventurada! fué necesario que completase su sacrificio y que vestida de blanco figurase en la ceremonia nupcial que se celebró aquella misma noche. ¡Cuán improprios eran en ella aquellos emblemas de pureza y de inocencia de que se hallaba revestida! ¡Cuán indigna se miraba de aquellas pruebas de interés que le prodigaras soberana! Al contemplar el solemne y grandioso carácter del espectáculo que tenía ante sus ojos, se le representó su propio casamiento celebrado furtivamente, en el seno de las tinieblas y de la soledad. Ahora la mano derecha de Alberto no estaba oculta debajo de la capa, sino que la presentaba á su joven consorte á la faz de todo un pueblo, en medio de las aclamaciones de sus súbditos.

¡Ah! en aquellos instantes de humillacion y arrepentimiento, no envidiaba Constanza la pompa que rodeaba á la pareja real, no la casta alegría que brillaba en las miradas de la princesa Leopoldina, no los sagrados derechos que acababa de adquirir al afecto de su esposo, sino la virtuosa tranquilidad de su rival, su inocencia llena de dignidad, aquella mezcla de modestia y amor que, formando en torno de ella como un muro de respeto, la ponía al abrigo de las sonrisas irónicas y de las desdenosas miradas.

Abrumada de fatiga, postrada por tantos sacudimientos, se retiró á su estancia desde luego que se lo permitió la etiqueta. De esta suerte esperaba tambien que el duque Alberto notaria su ausencia, pues no queria acostumbrarle á la idea de que ella se resignaba á su suerte con sobrada facilidad.

No tardó en estar animada la corte por los bailes, espectáculos y diversiones de toda clase; Constanza, cuya salud se habia puesto muy delicada, raras veces se presentaba en ella, y aun en estas ocasiones sus maneras con el duque eran arregladas por el tacto mas delicado. Sus ademanes eran serios, sus palabras muy comedidas; cualquiera al verla hubiera dicho que jamás habia salido de su condicion; y sin embargo, sus pálidas mejillas, sus ojos amortiguados, su andar descaecido eran como otros tantos expresivos reproches, otras tantas mudas súplicas para el duque Alberto. Ella calculaba todos sus resultados, y consiguió que el duque no se olvidase de ella, aun en el seno de la felicidad doméstica.

Por una extraña fatalidad la joven duquesa concibió por Constanza un afecto entrañable, quiso tenerla constantemente á su lado, y la pidió á la duquesa viuda, la cual se apresuró á cedérsela. Esta veía con la mayor alegría el favor de que gozaba su protegida, pues esta circunstancia acababa de disipar los recelos de que no le habia sido posible librarse. Constanza, fué pues, colocada en la habitacion particular de la princesa Leopoldina, la cual destinó un cuarto inmediato al suyo en la extremidad de una de las alas del palacio.

Gracias á estas medidas, tuvo Constanza mas frecuentes ocasiones de ver al duque: mas no por esto se mostró menos circunspecta. Hacia algunos meses que evitaba con mucho cuidado encontrarse á solas con él; y esta reserva subió de punto despues que se hubo anunciado oficialmente que estaba embarazada la princesa Leopoldina.

Una mañana estaba el duque en su gabinete, cuando oyó llamar á la puerta; era el médico de que hemos hablado mas arriba que entró con aire misterioso.

— Vengo, dijo, á comunicar á Vuestra Alteza un secreto de la mayor importancia. Esta noche, madama Constanza de Waldegrave, ha dado á luz un hijo.

El duque, lleno de sorpresa, se levantó de su asiento.

— ¡Un hijo! exclamó; y yo ignoraba todavía que estuviese en cinta.

Sin embargo, nada mas cierto. Constanza habia disimulado su embarazo hasta el último instante; su única confidenta era su vieja nodriza, y el médico, llamado por ella é introducido en su cuarto con grande sigilo, la habia asistido felizmente en aquel trance. Este médico habia sido igualmente el que habia informado á entrambas duquesas de que Constanza estaba gravemente indispueta, añadiendo que necesitaba de completo descanso. Hasta entonces habian tenido feliz éxito las precauciones empleadas; pero era necesario alejar cuanto antes el niño, era necesario alejar á la madre.

El duque no sabia qué partido tomar; el gozo, la inquietud se disputaban el dominio de su corazón. Abrumaba de preguntas al médico; queria ver á Constanza y á su hijo... Por último recobró un poco de calma; adoptó un plan que debia ponerse en ejecucion al dia siguiente; pero aquella misma noche un suceso inesperado trastornó todos aquellos proyectos.

La duquesa viuda fué atacada de una pulmonía fulminante, y su muerte causó una impresion tan viva á la duquesa Leopoldina, que la acometieron los dolores del parto y dió á luz un hijo que no tenia mas que siete meses. En medio de la confusion que siguió á aquella catástrofe, todos se olvidaron de Constanza.

Llegaron á su noticia ambos accidentes, y en el estado de su debilidad en que se hallaba, no calculó todas sus consecuencias; reconoció sin embargo que habia dejado de existir uno de los principales obstáculos para el reconocimiento de su matrimonio.

Algunos dias despues manifestó que se hallaba bastante restablecida para volver á ocupar su puesto al lado de la duquesa, que por las resultas de un parto prematuro se hallaba en gran peligro. La noche estaba muy adelantada; la ciudad y el palacio descansaban en el silencio y la oscuridad, cuando Constanza se deslizó con ligereza hasta el borde del lecho en que estaba tendida la duquesa.

Abrazóla esta con efusion y le hizo señal de que admirara á su hijo que dormia en su cuna al lado de la cama de su madre. Apartó Constanza las cortinillas blancas que rodeaban al niño y se puso á contemplarle en medio de mil sentimientos confusos y contradictorios. Sentíase inclinada á aborrecerle; pero se parecia tanto á su propio hijo, uno y otro reproducian tan fielmente la imágen de su padre, que sintió desarmado su corazón y cedió á la mágica influencia de aquella imágen querida.

Sentóse suspirando: el aposento solo estaba alumbrado por el pálido resplandor de una lámpara, y una señora de edad, de extraordinaria gordura y cómodamente repantigada en una poltrona, velaba, ó mas bien suponía que velaba con ella; porque la buena señora no tardó en quedar profundamente dormida. En cuanto á la duquesa, los médicos á fin de procurarle algun reposo, le habian propinado una pocion calmante que produjo el efecto narcótico que se prometieran.

Media hora se pasó de esta manera: Constanza estaba entregada á sus reflexiones. El porvenir en que ella soñara un dia, no estaba quizá muy distante; pero ¡cuántos obstáculos habia que vencer! De repente le parece distinguir un gemido ahogado, un débil resuello, un ligero movimiento detrás de las cortinas del niño. Levántase, mira... y el hijo de la duquesa con el rostro amoratado, agitado el cuerpo por fuertes convulsiones, acababa de espirar despues de una corta agonía.

La delicada posicion en que se colocara Constanza en la corte, la obligacion de pesar todas sus palabras y medir todos sus gestos, le habian dado una extraordinaria presencia de espíritu. En este crítico momento tampoco le abandonó su sangre fria; de una ojeada hubo visto todo el partido que podia sacarse de aquel accidente; y desde luego quedó su plan combinado. Miró en torno suyo, y la duquesa y la señora de edad dormian tranquilamente. Escuchó, y no se dejaba percibir en el exterior el mas leve ruido. Sus labios apretados y sus ojos brillantes expresaban toda su resolucion. Su andar fué mas ligero y seguro, y su mano no vaciló un instante. Levantar el cuerpecito que la vida acababa de abandonar, deslizarse como una sombra á lo largo de la desierta galería, y penetrar en su aposento, fué para ella obra de un minuto.

Encontró la nodriza dormida al lado de su hijo. Apresuróse á cubrir al niño vivo con las mantillas del muerto: mas á pesar de su destreza, empleó tanto tiempo en esta operacion, que comenzaba á agitarla una horrible inquietud. Por fin verificóse el cambio, é iba á entrar otra vez en el cuarto de la duquesa con su envoltorio, cuando la señora vieja hizo un movimiento. Abrió sus ojos soñolientos, alargó maquinalmente la mano para mecer la vacía cuna, pero se detuvo en seguida. Su cabeza volvió á caer sobre su pecho, y quedó dormida otra vez. Constanza, despues de haber permanecido inmóvil por algun tiempo, se adelantó de puntillas, y colocando su hijo en la cuna, volvió á ocupar su asiento junto á la cabecera de la duquesa.

Nadie sospechó el fraude: ni los mismos ojos de la madre no alcanzaron á descubrir la equivocacion. Al dia siguiente, cuando Constanza fué á ver á su nodriza, la encontró, como ya lo esperaba, entregada al mayor desconsuelo á vista del cadáver del niño. A duras penas logró hacerle comprender lo que habia pasado y cuáles eran sus proyectos.

— Y si no, le dijo, busca la pequeña señal que hicimos en el brazo izquierdo de mi hijo; ya ves que no está aquí, sin embargo de ser una marca indeleble. Vamos, pues, enjuga el llanto; mañana por la noche mandará Alberto enterrar este niño. El mio vive aun, ocupa el lugar que le estaba destinado, y se sentará un dia en el trono de su padre. ¿No es acaso el primogénito el fruto del primer matrimonio? Guarda fielmente este secreto, que tiempo vendrá en que puedas publicarlo.

Salvemnos ahora un intervalo de quince años. La duquesa Leopoldina pasa su vida en un sitio poco distante de la capital, de donde no sale, sino cuando alguna fiesta nacional hace necesaria su presencia, ó cuando procura distraerse visitando los palacios de las familias que le han permanecido adictas. Su rostro marchito, su mirar apagado, su salud descaecida, todo indica en ella que no es dichosa. Los cuidados han cubierto de arrugas su frente, tan tersa en otro tiempo, y su melancólica sonrisa anuncia que si padece, procura resignarse al menos. Apenas tiene treinta y cuatro años y cualquiera diria que tiene ocho mas.

En este momento, no obstante, está lleno su corazón del mas dulce alborozo. Su hijo (consérvele el cielo esta ilusion), su hijo vuelve de los viajes que ha hecho bajo la direccion de su ayo, el conde Emilio de Mansfield. Este es el consejero, el amigo y defensor de la duquesa Leopoldina. Los años lo han cambiado enteramente; si se acuerda todavía de los amores de su mocedad, no le es posible ya comprenderlos. Los cuidados de la ambicion, esa pasion de la edad madura, le ocupan ahora enteramente.

Y la linda, la artificiosa Constanza de Waldegrave ¿qué se ha hecho? Mas linda y artificiosa aun. Esta mansion espléndida, poblada de infinitos criados y alhajada con un lujo verdaderamente regio, es la suya. Esta deliciosa quinta adornada segun el gusto italiano, ha sido edificada por ella. Mirad esos trenes, esas ricas joyas, todo le pertenece, son otros tantos presentes que le ha hecho su real amante.

Seguidla á su voluptuoso retrete, su gracioso y espléndido *negligé* no es menos costoso que el traje con que se presentará esta noche en los salones. Las señoras

de mas alto rango y de la reputacion mas intacta, príncipes extranjeros, guerreros y sabios que acudieron de todos los puntos de Europa, se apresuran, solícitos á rendir sus homenajes á la que todos admiran. No cuenta mas que treinta y cuatro años; pero mas feliz que la duquesa, todos dirian que tiene ocho menos.

La pasion que habia sabido inspirar al duque Alberto era una de aquellas extrañas fascinaciones que se encuentran á veces en la vida de los simples particulares, y de que la historia de los príncipes ofrece tan famosos ejemplos. El duque habia sacrificado á esta pasion, no solo su felicidad doméstica, sino tambien la de una esposa virtuosa, encantadora y que le amaba con la mas entrañable ternura.

Hasta temia haber debilitado de esta suerte en el corazón de su hijo el respeto que le era debido; habiase además manifestado de un modo alarmante el resentimiento de que se hallaba poseida la familia de la duquesa. Conocia igualmente que con su proceder se habia enajenado el afecto de su pueblo... pero todas estas consideraciones carecian absolutamente de fuerza, cuando las ponía en parangon con el amor de la favorita. Esta se habia apoderado de todo su ser, sin que el duque tuviese bastante entereza para sustraerse á su influencia; ni suficiente virtud para desear su emancipacion.

En la infancia del príncipe Oton (este era el título que llevaba el joven heredero del duque) habia logrado que se lo llevasen con frecuencia, habiéndose grangeado sumo imperio sobre él con sus apasionadas caricias; pero informada la duquesa de estas visitas, puso en juego todos los resortes á fin de que no se repitiesen en el sucesivo. Secundada poderosamente por Emilio de Mansfield y por otras familias de influjo, consiguió que cesara por fin lo que ella llamaba una vergonzosa impropiedad.

El joven príncipe, entregado exclusivamente á los cuidados de la duquesa y de sus amigos, fué educado en la desconfianza de aquella que acibarara la existencia de su madre. Mas de una vez se le oyó hablar de ella con desprecio, lo que sabido por Constanza, le causó viva desazon.

Acusó al cielo de volver contra ella su propio hijo, y de servirse de él como de un instrumento para castigarla; pero poco á poco fué la ambicion á ahogar el instinto materno que nada avivaba ya en su corazón. Constanza no vivía en lo pasado ni en lo presente, sino que todo lo era para ella el porvenir. Vendrá un dia... repetia de continuo á su vieja confidenta.

El público, que no sospechaba los lazos que la unian con el duque Alberto, no veía en ella sino una favorita. No obstante, procuraba Constanza evitar con su tacto ordinario todos los escollos de su posicion; raras veces se presentaba en público, y mucho menos en las cortas temporadas que permanecía la duquesa en la ciudad. Vivía entonces encerrada en su palacio, y huía cuidadosamente de los teatros y demás espectáculos en donde hubiera podido encontrarse á su rival.

Mostrábase accesible para todos, servía con el mayor desprendimiento á cuantos solicitaban su amparo, y dispensaba una proteccion decidida á los artistas y á las bellas artes. Todos hacian justicia á su gusto ilustrado y á su magnificencia; y los pobres, á quienes socorría con una caridad discreta, por todas partes pregonaban sus virtudes y su generosidad.

No era menos circunspecta y sensata la conducta que guardaba con el duque. En público nunca pronunciaba su nombre, ni exigía de él aquellas ligeras muestras de preferencia, ni usaba aquellas llanezas que tanto fatigan ú ofenden el orgullo de un amante coronado. Hasta en sus caprichos se descubria su ingenio, pues sabia despojarnos de todo lo que hubiera podido hacerlos menos agradables. Todo estaba discretamente combinado; el artificio habia reemplazado en ella á la naturaleza. Sus virtudes y defectos no eran mas que apariencias, dirigidas todas al fin que nunca perdía de vista: si su marcha era lenta, era tambien mas segura.

Su genio previsor ninguna precaucion habia omitido: habiase procurado varios documentos firmados por el sacerdote y el médico que le sirvieran en otro tiempo y que habian muerto despues, en los cuales constaba la celebracion de su matrimonio, el nacimiento de su hijo y las señas particulares que este llevaba en el cuerpo. A estas piezas justificativas habia añadido una relacion circunstanciada, escrita por ella, del cambio de los dos niños, en la cual habia puesto su firma la vieja nodriza antes de morir. Estos importantes papeles estaban encerrados en una bolsita muy delgada que llevaba siempre consigo.

Una noche en que, despues de haberse ataviado con prolijo esmero, despues de haber llamado en su ayuda los mas secretos recursos de la coqueteria, estaba aguardando, sentada en un sofá, la llegada del duque Alberto, fueron de repente á herir sus oídos algunos rumores confusos. Levántase y descubre algunos aldeanos que en una parihuela traen un herido. Entra en su casa de campo la triste comitiva, pronuncian su nombre, y á pesar suyo se siente agitada por un siniestro presentimiento.

Abalanzase á la puerta, y... ¡ah! ¡era demasiado cierto! el duque casi espirante estaba á sus pies. Arrebatado por un caballo fogoso que rompiera el freno, habia sido derribado y arrastrado por el polvo, dejando tras sí un largo rastro de sangre. Sus heridas eran sumamente peligrosas, y hasta se decia en voz baja que eran mortales.

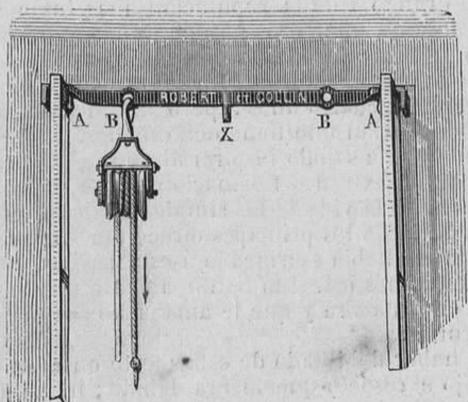


Fig. 1. — Salvamento con cuerdas. Primer punto de atadura.



Fig. 6. Empleo de los sacos.

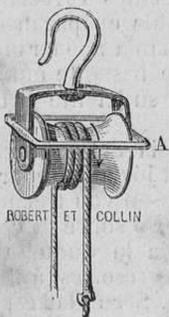


Fig. 2. Palo con punta para la atadura en las ventanas altas.

Fig. 7. Modelo III. Otro empleo de la garrucha.

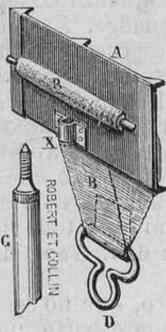


Fig. 8. Otro punto de atadura.

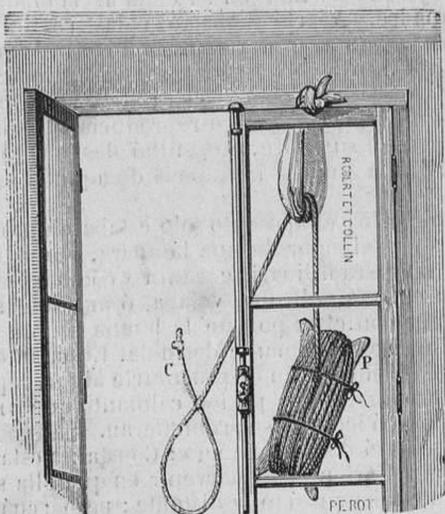


Fig. 3. Otro punto de atadura.

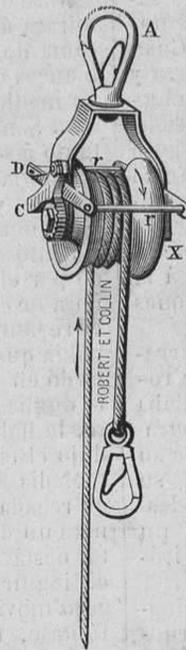


Fig. 4. Garrucha de doble efecto.

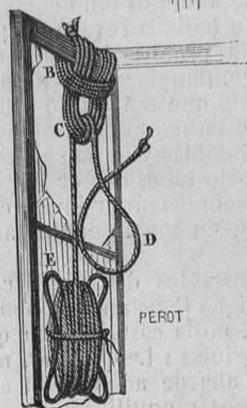


Fig. 5. Otro modo de operar.



Fig. 9. Bajada por medio de cuerdas.

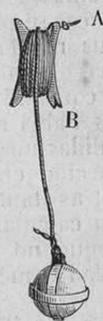


Fig. 10. Cuerda de socorros.

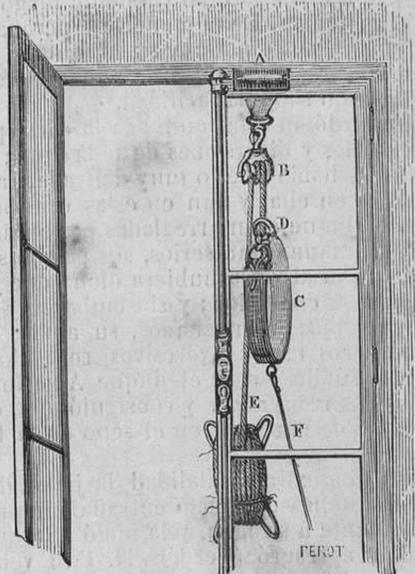


Fig. 11. Punto de atadura.

Júzuese del espanto y congoja que en aquel momento se apoderarian de Constanza. Fué preciso que mandara avisar al médico ordinario de palacio y á los grandes dignatarios del Estado, los cuales se encargaron de transmitir la funesta nueva á la esposa y al hijo del herido. Aguardando su llegada, estaba Constanza en pié delante de la puerta del aposento adonde se habia trasladado al duque. No oraba ni lloraba, y sin embargo, era víctima de una horrorosa inquietud. Al cabo de hora y media salió el médico del aposento.

— Habíamos pensado no permitir que el duque os viese en este momento, le dijo: pero es tanta su ansiedad, que nos ha parecido mas prudente ceder. Con todo, no os olvideis que cualquiera emocion muy viva pudiera serle funesta.

Constanza recogió sus fuerzas, y siguió al médico hasta la cabecera del duque. Este no separaba los ojos de la puerta por donde debia entrar ella, y así que la divisó, se derramó por su semblante un rayo de alegría. Inclínose Constanza hácia él, y aplicó sus ardorosos labios en las ajadas mejillas del moribundo.

— No le digais una palabra, señora, le dijo el médico, haciéndole señal con el dedo y retirándose.

— Ni una palabra, repitió Constanza. Mas así que estuvo solo con ella, quiso manifestarle el importuno pensamiento que oprimia su alma. Asíó la mano de Constanza, y atrayéndola hácia sí con suavidad:

— Constanza, murmuró, yo moriría tranquilo, si tu suerte estuviese asegurada.

— No hables, Alberto; cálmate, que no corres peligro.

— No, no, repuso sacudiendo la cabeza, lo conozco, mi muerte no está lejos.. Constanza, mi amada Constanza... ¡Oh! ¡es una imágen horrorosa!... Temo que mi esposa... y mi hijo... Ellos te aborrecen... y... los temo por tí.

Al llegar aquí, la postracion no le permitió continuar. Constanza vacilaba en tranquilizarlo revelándole el secreto que ocultara por tanto tiempo. ¿Habia llegado el momento que estaba esperando? ¿Era aun tiempo de asegurar su poder para siempre, destruyendo de antemano el de su rival?...

Levantóse el duque con dificultad hácia ella y...

— ¡Pobre Constanza! le dijo, á mi lado no has sido feliz un instante, y si despues de mi muerte, la persecucion... ¡Oh, Dios mio! ¡Constanza, tú dejarás el ducado, te irás...

— Querido Alberto, no te aflijas por mi. Sé que nada tengo que temer.

— ¡Sabes... que nada tienes que temer! repitió el duque atónito. ¡Cómo! ¿qué quieres decir?

En vano intentó Constanza tranquilizarlo; la estrechaba con sus preguntas, y para esto recobró una energía, que sin duda engañó á la favorita. Aventuróse este á hablar, pasóle el brazo por la espalda y con trémulo acento le murmuró al oido el secreto de toda su vida.

A medida que adelantaba en la relacion, el duque abria unos ojos desencajados, y cuando hubo concluido, la miró con expresion singular de duda y de sospecha.

(Se continuará.)

**Nuevos aparatos de salvamento**

EN CASO DE INCENDIO, PROPUESTOS POR M. CHARRIERE.

Damos en esta página una serie de dibujos para dar á conocer los nuevos aparatos de salvamento en caso de incendio que acaba de inventar M. Charriere. Los medios que propone son sencillos, de fácil adopcion y de una utilidad incontestable.

Una comision de oficiales de zapadores-bomberos, nombrada por el señor prefecto de policia, y una comision de la Sociedad de fomento de la industria, han reconocido las ventajas de estos aparatos, cuya adopcion interesa á todo el mundo.

M. Charriere, en las noticias descriptivas que ha tenido á bien enviarnos, nos indica primeramente los medios mas elementales que se hallan al alcance de cualquiera que se provea de una cuerda cuyo largo ha de ser un poco mas de dos veces la altura del piso de donde se proponga bajar á alguien. Hé aquí cómo: Estos medios consisten en el uso de cuerdas, como puede verse en nuestras figuras.

La fig. 11 nos muestra el empleo del punto de atadura tan apreciado por los zapadores-bomberos. Se coloca en la barra de la ventana, teniendo una garrucha provista de la cuerda de bajada y de un cinturon de salvamento.

Con el aparato (fig. 11) han podido bajar al mismo tiempo tres personas del tercer piso del cuartel de zapadores-bomberos de la calle del Vieux-Colombier, donde se hicieron las experiencias. Dos personas estaban en el saco (fig. 6), y la tercera, que llevaba el cinturon atado encima del saco, hacia la maniobra.

En la segunda prueba las tres personas llevaban cada una un cinturon, y todo ello no duró mas de cuatro minutos en cada experimento.

Una cuerda llamada de socorros (fig. 10) permite á las personas que están fuera ponerse en comunicacion con los incendiados y enviarles uno de los aparatos ó cualquiera de los accesorios de salvamento.

Despues de las experiencias que tuvieron lugar delante de los oficiales de zapadores-bomberos el 9 de junio de 1869, se envió un informe al señor prefecto de policia sobre los aparatos, en el cual la comision reconoce la sencillez y ventajas de algunos de los instrumentos que sometieron á la apreciacion, y principalmente de un punto de atadura (fig. 11). Este aparato, dice el informe, « constituye un progreso real é importantísimo en la ciencia del salvamento ó salvavidas. M. Charriere ha resuelto del modo mas ingenioso, sencillo y seguro el problema buscado tantas veces de encontrar de seguido un punto suficientemente sólido en el interior de la pieza donde debe hacerse el salvamento; y así es que la comision, por unanimidad, cree que seria muy ventajoso en interés de la seguridad pública que este aparato se difundiese en los hospitales, liceos, instituciones, etc., en una palabra, en todas partes donde el salvamento pudiera presentar dificultades en razon al crecido número de personas que hubiese que salvar; el cuerpo de bomberos tendria en este aparato un precioso recurso cuantas veces le hallara en un edificio donde hubiera que salvar á alguien. »